

EL

R. V. Lema


CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO TRIGÉSIMOSEGUNDO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4

1868

INDICE DE LAS MATERIAS

DEL TOMO TRIGÉSIMOSEGUNDO

	Págs.		Págs.		Págs.
Número 807.		Debe y haber.	58	La Fuga, agua-fuerte de Bodmer (grabado).	126
Sucesos de Abisinia (grabados).	1	La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	59 á 64	Debe y haber.	id.
Academia de Ciencias morales y políticas de Madrid.	2	Número 811.		Berlin: El gran salon de la cervceria de Tivoli (grabado).	128
Exposicion maritima internacional del Havre (grabados).	5	Sir Roberto Napier (grabado).	65	Problemas de ajedrez (grabado).	id.
Revista de Paris.	6	Academia de Ciencias morales y políticas de Madrid.	id.	Número 815.	
La Ordalia ó prueba del fuego.	7	Cuadros de costumbres guatemaltecas.	66	Fachada del nuevo teatro del Vaudeville (grabado).	129
Correspondencia de Argelia (grabados).	id.	Inauguracion del monumento de Lutero en Worms (grabados).	68	La Arquitectura.	130
Debe y haber.	9	Revista de Paris.	70	Las fiestas del tiro federal aleman en Viena (grabados).	134
Las carreras de Longchamps (grabado).	12	Poesias.	id.	Revista de Paris.	id.
Correspondencia de Venecia (grabado).	14	Inauguracion del atajo del Escalda (grabado).	71	La beneficencia.	135
Bellas Artes: Exposicion de 1868 (grabados).	id.	Noticias de Belgrado (grabado).	id.	Fiestas de Saintes: Inauguracion de la estatua de Bernardo Palissy (grabados).	136
Cuadros de costumbres guatemaltecas.	id.	Fiesta popular del 23 de junio en Roma (grabado).	id.	Debe y haber.	137
Problemas de ajedrez (grabado).	15	La toma de la Bastilla (grabado).	id.	La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	139 á 144
Las bebidas gaseosas consideradas en sus relaciones con la higiene y la industria (grabado).	id.	Laurac bat.	74	Número 816.	
Número 808.		La perdiz y los perdigones (grabado).	75	Las nuevos tigres del Jardin de Plantas de Paris (grabado).	146
Viaje de S. A. I. el principe Napoleon (grabado).	17	El palacio de Cintra (grabado).	id.	La Arquitectura.	id.
Academia de Ciencias morales y políticas de Madrid.	18	Aparato de destilacion (grabado).	78	Viaje de S. M. la reina de Inglaterra (grabado).	147
Miguel Obrenovitch III (grabados).	20	Debe y haber.	id.	Las fiestas del tiro federal aleman en Viena (grabados).	150
Inauguracion de los astilleros de Fuerte de Francia en la Martinica (grabado).	22	El nuevo púlpito de la iglesia de Nuestra Señora de Paris (grabado).	80	Revista de Paris.	id.
Las elecciones de los Estados Unidos (grabado).	id.	Problemas de ajedrez (grabado).	id.	El trabajo de los niños y de las mujeres en las fábricas de Inglaterra.	151
Revista de Paris.	id.	Número 812.		Tipos y trajes austriacos (grabados).	id.
La Ordalia ó prueba del fuego.	23	Incendio en los mercados de Paris (grabado).	81	La fábrica de Indret (grabados).	id.
El mes de Junio, dibujo de Gavarni (grabado).	25	Cuadros de costumbres guatemaltecas.	82	Un huérfano en el mundo.	154
Ferro-carril del Monte Cénis (grabados).	id.	Una escala en Guayaquil (grabados).	84	La bebida entre los romanos.	155
Debe y haber.	26	El atajo del Escalda (grabados).	86	Incendio de los almacenes de marina en Dunkerque (grabado).	id.
La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	27 á 32	Revista de Paris.	id.	Inauguracion de la estatua de Leopoldo I en Amberes (grabado).	id.
Número 809.		Expediciones al Polo Norte.	87	Debe y haber.	158
Sucesos de Servia (grabados).	33	La reina de Mohely (grabados).	88	Paris: Los suscritores al empréstito de 429 millones en el ministerio de Hacienda (grabado).	160
Epistola.	34	Nuevas maniobras en el campamento de Chalons (grabados).	89	Número 817.	
Academia de Ciencias morales y políticas de Madrid.	35	Laurac bat.	90	La Arquitectura.	161
Exposicion maritima del Havre (grabados).	36	Correspondencia de Londres (grabados).	91	La fiesta del 15 de agosto (grabado).	id.
Ferro-carril del Monte Cénis (grabados).	id.	Debe y haber.	94	El tiro federal aleman en Viena (grabados).	164
Revista de Paris.	38	Los Pescadores, cuadro de Boucher (grabado).	96	Incendio en la calle de Saint-Antoine (grabado).	165
Playas españolas.	39	Problemas de ajedrez (grabado).	id.	El bautismo, el casamiento y el entierro en la edad media.	id.
Bellas Artes: Exposicion de 1868 (grabados).	id.	Número 813.		Revista de Paris.	166
Cuadros de costumbres guatemaltecas.	42	Las cervcerias de Berlin (grabado).	98	Un huérfano en el mundo.	167
El hambre en Argelia (grabados).	44	Cuadros de costumbres guatemaltecas.	id.	El palacio Wallis, residencia de S. M. la reina Victoria (grabados).	170
Buques de salvamento botados al agua en la Vilette (grabado).	45	Sucesos de Servia (grabado).	99	Debe y haber.	id.
Simiestro en Boulogne del Mar (grabado).	46	Una escala en Guayaquil (grabados).	102	La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	171 á 176
Debe y haber.	id.	Revista de Paris.	id.	Número 818.	
Problemas de ajedrez (grabado).	47	Las nuevas galerias del Louvre (grabados).	103	Monumento elevado á la Polonia (grabado).	178
Un tigre escapado en Amberes (grabado).	48	Las demoliciones de Paris: El arco Colbert (grabado).	106	Del trabajo en España.	id.
Número 810.		Debe y haber.	id.	Impresiones de un viaje en Marruecos.	179
Revista de un regimiento de voluntarios, pasada en Nueva York por los embajadores chinos (grabado).	49	La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	107 á 112	El faro de Roches-Douvres (grabado).	181
Revista española.	50	Número 814.		El atajo de Suresnes (grabados).	182
Fiestas en Versalles en honor del general Hoche (grabado).	51	Exposicion maritima internacional del Havre (grabado).	113	Revista de Paris.	id.
Huracan en la rada de Mahé (grabado).	id.	Revista española.	114	Apuntes de viajes.	183
El ferro-carril del Monte-Cénis (grabado).	53	Crónicas madrileñas.	115	La escuadra acorazada francesa (grabado).	185
Revista de Paris.	54	Accidente ocurrido en Fontainebleau (grabado).	116	Caida del conde-duque de Olivares.	186
Cuadros de costumbres guatemaltecas.	55	El oasis de Figuir (grabado).	117	Viaje maritimo del globo el Neptuno (grabados).	187
Exposicion maritima del Havre (grabado).	id.	Los establecimientos de la isla Nou (grabados).	118		
El café Tortoni en el Havre (grabado).	id.	Revista de Paris.	id.		
La iglesia de San Lorenzo en Paris (grabado).	58	Una excursion veraniega.	119		
		El campamento del ejército pontificio (grabados).	120		
		Un huérfano en el mundo.	122		
		Escuela de aprendizaje del Havre (grabados).	123		

INDICE.

	Págs.		Págs.		Págs.
El nogal de América en los Campos Elíseos (grabado).	187	La marina mercante con motivo del corte del istmo de Suez.	258	Revista española.	338
El nuevo ferro-carril de Raincy a Montfermeil (grabado).	188	La revolucion en España (grabados).	259	Poesía: A Julio Calcaño.	339
Exposicion marítima internacional del Havre (grabado).	189	Revista de Paris.	262	Sucesos de España (grabados).	340
Debe y haber.	190	Historia: Consecuencias inmediatas del testamento otorgado por Carlos II.	263	Los últimos días de la Exposicion marítima internacional del Havre (grabados).	id.
Actualidades de Paris, por Bertall (grabados).	192	Exploracion francesa a la Indo-China (grabados).	id.	Revista de Paris.	342
Número 819.		Retratos a la pluma: García Gutierrez.	266	Don Francisco Sanchez Barbero.	343
Don Domingo Faustino Sarmiento (grabado).	193	La Guyana holandesa (grabados).	267	Los Gatos (grabados).	id.
Revista española.	194	Debe y haber.	268	Debe y haber.	346
El sifo del puente de Alma (grabado).	198	Problemas de ajedrez (grabado).	271	La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	347 a 352
Inauguracion del canal del Siagne, en Cannes (grabado).	id.	Revista del mes de setiembre, por Bertall (grabados).	272	Número 829.	
Catástrofe de Abergele en el ferro-carril de Chester a Holyhead (grabado).	id.	Número 824.		Ulises Grant (grabado).	353
Revista de Paris.	199	El viaje del emperador de Rusia (grabado).	274	Poesía.	354
Diez días en Tiflis (grabados).	id.	Revista española.	id.	Sentido moral del teatro.	355
Debe y haber.	202	Poesía.	275	Sucesos de España (grabados).	356
La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	203 a 208	La revolucion española (grabados).	276	Ponche ofrecido en Argel a M. Jules Favre (grabado).	358
Número 820.		Revista de Paris.	278	Revista de Paris.	id.
Experiencias del aparato de salvamento de M. Stoner (grabado).	209	Soneto a Calderon.	279	Alonso de Armenta.	359
La Bolsa y los bolsistas de Londres.	210	El último día de una monarquía (grabados).	id.	Venganza irlandesa.	id.
La fiesta de las Loges en Saint-Germain (grabado).	212	Exploracion francesa a la Indo-China (grabado).	id.	La restauracion del Palacio de Justicia en Paris (grabados).	360
El general Mahmud Ben Aiad (grabado).	214	Debe y haber.	280	Edad media.	362
El antilope Canna (grabado).	id.	La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	283 a 288	Los escritores rumanos (grabado).	364
Revista de Paris.	id.	Número 825.		La nueva iglesia de San Agustin en Paris (grabado).	366
Poesía.	215	Degüello de mujeres y muchachos de la tribu de los Sioux (grabado).	290	Debe y haber.	id.
El tesoro de Nuestra Señora de Paris (grabado).	id.	Academia española.	id.	Los Setters de Rusia (grabado).	368
Fiesta dada por el gobernador de la Argelia a los oficiales de la escuadra del Mediterraneo (grabado).	id.	La marina mercante con motivo del corte del istmo de Suez.	291	Problemas de ajedrez (grabado).	id.
Gran concurso musical del Havre (grabado).	id.	Sucesos de España (grabados).	293	Rectificacion.	id.
El vino de Chipre (grabado).	216	Revista de Paris.	294	Número 830.	
Caida del conde-duque de Olivares.	218	Definiciones de lo bello.	295	M. Havin (grabado).	369
Diez días en Tiflis (grabados).	219	Entrada en Madrid de los generales Serrano y Prim (grabados).	id.	El médico de Cuquiñan.	id.
El Paletuvio de las Antillas (grabado).	222	Don Pascual Madoz, gobernador de Madrid (grabado).	298	Un cristiano y un judío.	370
Debe y haber.	id.	Cuestion de critica literaria.	id.	Poesía.	371
Problemas de ajedrez (grabado).	223	El terremoto del Perú (grabados).	299	Venganza irlandesa.	id.
El Yacht-Club de Francia (grabado).	224	Debe y haber.	302	Sucesos de España (grabados).	373
Número 821.		Bajo-relieve de la galería principal del templo de Angkor (grabado).	304	Pólvora nueva (grabado).	id.
Inauguracion de la línea del Simplon (grabados).	226	Problemas de ajedrez (grabado).	id.	Las fiestas de los Armorinos en Neuchatel (grabado).	374
Historia.	id.	Ch. Terbruggen (grabado).	id.	Revista de Paris.	id.
Retratos a la pluma.	227	Número 826.		Las Escuelas profesionales de mujeres (grabado).	375
El petróleo empleado como combustible (grabado).	229	Visita del general Serrano al marqués de Novaliches, después de la batalla de Alcolea (grabado).	306	El cervato (grabado).	378
Revista de Paris.	230	Cuestion de critica literaria.	id.	Debe y haber.	id.
San Sebastian y Zarauz.	231	Consideracion sobre la libertad moral.	307	La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	379 a 384
El campamento de Lannemezan (grabados).	id.	Sucesos de España (grabados).	id.	Número 831.	
Caida del conde-duque de Olivares.	233	Revista de Paris.	310	El baron James de Rothschild (grabado).	385
Antigüedades prehistóricas de Andalucía.	235	Sentido moral del teatro.	id.	Rossini (grabados).	386
Viaje de la cañonera francesa la <i>Couleuvre</i> a Hué (grabado).	id.	El terremoto del Perú (grabados).	311	Revista de Paris.	390
Reunion de artistas alemanes en Viena (grabado).	id.	Debe y haber.	214	Poesía.	391
La fotografia militar, caricaturas por Cham (grabados).	237	La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	315 a 320	Construccion del local destinado a la administracion del nuevo <i>Moniteur</i> (grabado).	392
Debe y haber.	238	Número 827.		La tontería.	394
Problemas de ajedrez (grabado).	240	La demolicion de la Ciudadela de Barcelona (grabado).	321	Una historia que parece cuento.	id.
Los hermanos siameses (grabado).	id.	Sentido moral del teatro.	322	Excursiones escolares en Suiza (grabados).	395
Número 822.		Sucesos de España (grabados).	323	Resultado de las observaciones del eclipse total de sol de 1868 (grabados).	id.
Catástrofe de Metz (grabado).	241	Revista de Paris.	326	Debe y haber.	398
Historia: Consecuencias inmediatas del testamento otorgado por Carlos II.	242	Al corazon.	327	Problemas de ajedrez (grabado).	399
Antigüedades prehistóricas de Andalucía.	243	Don Francisco Sanchez Barbero.	id.	Las conferencias de Paris, por Bertall (grabados).	400
Sucesos del Paraguay (grabados).	244	Las inundaciones de 1868 (grabado).	id.	Número 832.	
Revista de Paris.	246	Excursiones escolares en Suiza (grabados).	330	El general Grant en su intimidad (grabado).	401
La caza en Rusia.	247	Don Rodrigo Calderon.	id.	Revista española.	402
Saqueo de un tren de mercancías en el ferro-carril del Pacífico (grabado).	id.	Atentado contra la vida del virey de Egipto (grabado).	331	Las elecciones del Parlamento reformado en Inglaterra (grabados).	403
Exploracion francesa a la Indo-China (grabado).	id.	La Francia pintoresca (grabados).	id.	Una visita al palacio de Augerville, residencia de M. Berryer (grabados).	406
Ferro-carril del Simplon (grabado).	id.	Debe y haber.	334	Revista de Paris.	id.
Debe y haber.	250	Problemas de ajedrez (grabado).	335	Cantares.	407
La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	251 a 256	El meteoro del 7 de octubre de 1868 (grabado).	id.	Recuerdos y tradiciones de Cataluña: El Salto de la reina mora.	id.
Número 823.		El general Santos Gutierrez, presidente de los Estados Unidos de Colombia (grabado).	336	Rio-Janeiro (grabados).	408
El príncipe real de Bélgica (grabado).	257	Número 828.		Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag.	410
Los alrededores de Madrid.	id.	Inventario de los bienes de la corona en el palacio de Madrid (grabado).	337	La Moda del Correo de Ultramar (grabados).	411 a 416
				Aviso importante.	id.

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 807.

SUMARIO.

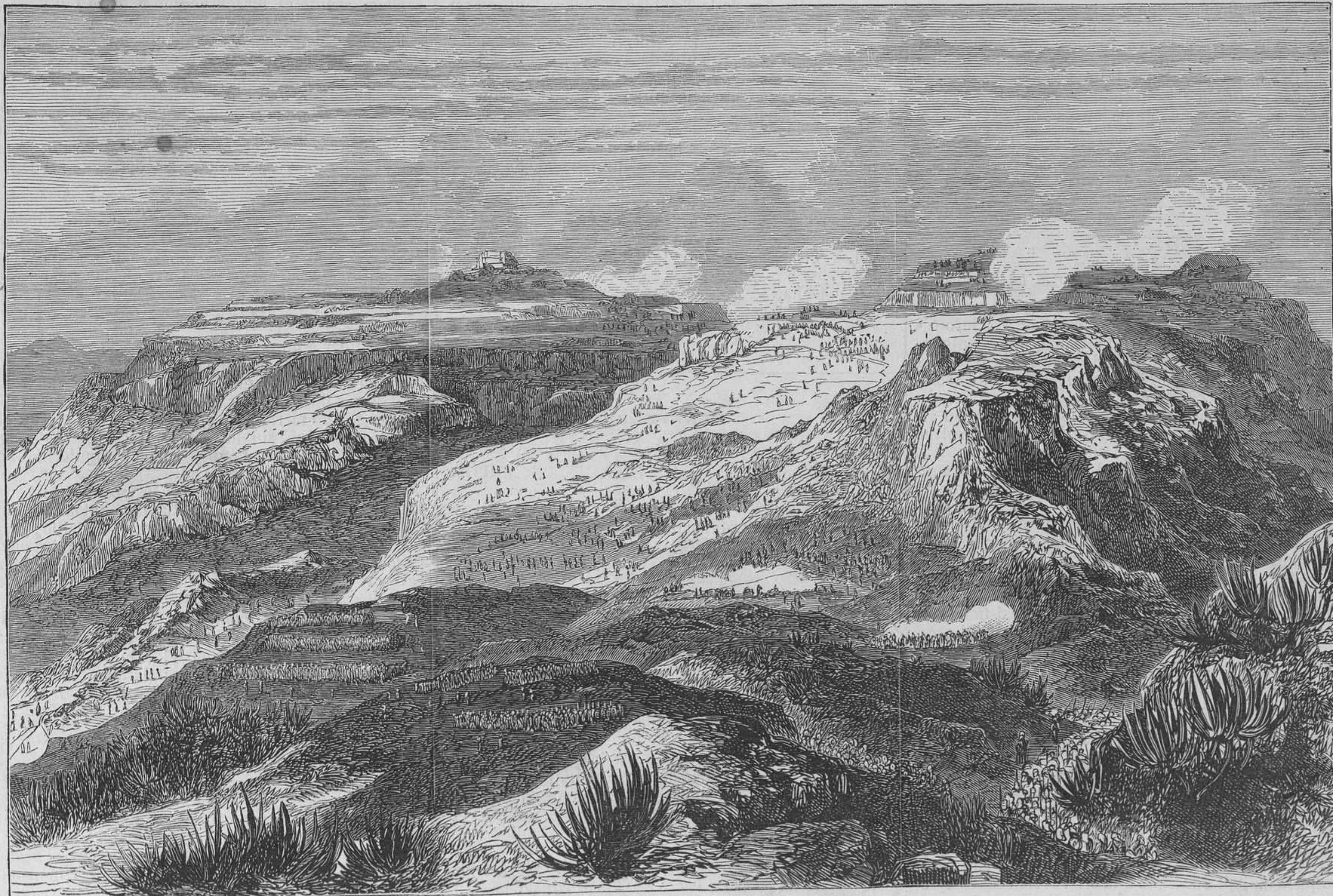
Sucesos de Abisinia; grabados. — Academia de Ciencias morales y politicas de Madrid. — Exposicion maritima internacional del Havre; grabados. — Revista de Paris. — La Ordealia ó prueba del fuego. — Correspondencia de Argelia; grabados. — Debe y haber. — Las carreras de Longchamps; grabado. — Correspondencia de Venecia; grabado. — Bellas Artes: Exposicion de 1868; grabados. — Cuadros de costumbres guatemaltecas. — Problemas de ajedrez; grabado. — Las bebidas gaseosas consideradas en sus relaciones con la higiene y la industria; grabado.

Sucesos de Abisinia.

EL COMBATE DE ARROGUÉ.

El combate de Arrogué se dió el viérnes santo 10 de abril. El ejército inglés, compuesto de 3 ó 4,000 hombres, habia bajado de las alturas del llano de Talenta á las orillas del Bachilo á lo largo del camino abierto un mes

antes por Teodoro para trasportar sus tropas de Devra-Tabor á Magdala. Allí encontramos una bateria rayada y pensamos acampar. Una débil vanguardia, mandada por el coronel Fair, ocupaba los pasos de la montaña. El general Napier ordenó á la artillería del coronel Penn que fuera á sostenerle y á un regimiento seguido de una bateria de coheteros, soldados de marina, que dejasen el camino trillado para establecerse en las alturas de la derecha. Tambien marchó allí él, seguido del cuartel general, para instalar los hospitales y ver de frente el camino de Teodoro, que sube durante dos mi-



SUCESOS DE ABISINIA. — Combate de Arrogué delante de Magdala el 10 de abril de 1868.

llas hasta las puertas de Magdala, atravesando las anchas cuevas de la Arrogué y una meseta formada entre dos montes, el uno de 8,580 y el otro de 9,200 pies ingleses de elevación. La vertiente de esta meseta, que mira hacia Magdala, estaba ocupada por el campo abisinio, compuesto de soldados mercenarios y sobre todo de innumerables cautivos hechos en los países debastados por Teodoro.

Cuando llegamos por horribles caminos al Afnao, plataforma de 7,900 pies sobre el nivel del mar, vimos bajar de las alturas del Falate, donde estaba Teodoro al lado de sus cañones, 4 ó 5,000 abisinos armados con lanzas, broqueles, espadas corvas y viejos mosquetones, con su ropaje blanco de banda encarnada echado sobre el hombro, con pantalones de lienzo y los pies descalzos, habiendo también muchos jinetes montados en caballos ó en mulas que bajaban al galope por los peñascos. Querían sorprender á la escasa vanguardia del coronel Fair; pero este se replegó sobre la segunda división, mandada por el teniente general sir Carlos Staveley y que subía el camino del Bachilo. El general destacó adelante á los soldados del mayor Chamberlain, al regimiento inglés de Kings'own, á los beluchis, especies de cipayos, y mandó también poner en posición la batería de artillería ligera del coronel Penn.

Sir Roberto Napier, rodeado de la plana mayor y á caballo, al extremo de la cresta del Afnao que abraza todo el cuadro, vió que dos ó tres balas de los cañones de Teodoro se enterraban á sus pies. Al punto mandó á la compañía de marinos, los coheteros, colocados á su derecha, que rompiesen el fuego contra las columnas enemigas. Los abisinos se arrojaron con valor al encuentro de la infantería inglesa é india; los principales de ellos, rodeados de sus hombres de armas á pie, llegaban á buscar la muerte hasta la boca de los fusiles. El efecto de los cohetes fué decisivo. Lanzados á distancias enormes estos proyectiles incandescentes de un nuevo modelo, aterraron á los bárbaros. Los abisinos se detuvieron y muy luego se escaparon por todas partes ante los soldados ingleses, que les cargaban valerosamente sin poderse librar de su terrible fuego y cubriendo con montones de cadáveres las cuevas del Arrogué. Su general, el jefe de la vanguardia, Garié, que era el mejor soldado de Teodoro, pereció en la refriega. Los fugitivos que sobrevivieron al desastre, incapaces de volverse á la montaña, se dispersaron en todos sentidos al mismo tiempo que la batería de los coheteros, atravesando el barranco, dueña de la posición donde había tenido efecto el ataque del enemigo, lanzaba sus proyectiles hasta el monte donde estaba Teodoro, quien recogiendo uno de ellos dijo á los que le rodeaban:

— ¿Qué he hecho yo á los ingleses para que me envíen tales mensajes?

Aquella tarde nos acampamos en las cuevas del Arrogué, sin tiendas y sin viveres, en medio de una lluvia glacial, acompañada de una fuerte tormenta. La noche de los vencedores fué triste, la del vencido cruel. Al lado de las baterías apagadas, Teodoro desesperado llamaba uno por uno á sus oficiales y nadie respondía. Por fin se retiró á su tienda al pie de Magdala, en medio de un ejército que ya le vendía viendo acabado su prestigio, manchada su reputación y la obra de su vida destruida.

CONDE DE SAYVE,

delegado del canal de Suez, cerca de sir Roberto Napier.

ASALTO DE MAGDALA. — LA ÚLTIMA HORA DE TEODORO.

La batalla del viernes santo era decisiva. Teodoro estaba perdido. Su ejército se reducía á algunos centenares de hombres, y comprendiendo que la Providencia le abandonaba, dijo á uno de los suyos: Pronto moriremos.

Sin embargo, el lunes por la mañana intenta con algunos fieles una escaramuza, pero se apresura á volver á Magdala, donde se fortifica.

Sir Roberto Napier ordena el bombardeo. Durante veinte minutos las granadas llueven sobre la fortaleza, sembrando por todas partes la muerte y la ruina. Los soldados suben luego al asalto por un camino angosto, escarpado y lleno de precipicios, y acaban por llegar á las empalizadas que rodean á Magdala con un doble cerco. Por todas partes las entradas están guardadas, y no obstante el terrible fuego dirigido contra el principal bastión de la puerta, las piedras han resistido. Entonces se escala la muralla y buscan alguna brecha en medio de las empalizadas, y habiendo descubierto una angosta abertura hecha por el casco de una granada, la agrandan á fuerza de hachazos y se precipitan por ella valerosamente. Entre tanto por otro punto, á despecho de los sitiados, que arrojan sobre el enemigo piedras y trozos de pared, saltan por encima de las empalizadas y penetran en el corazón de la fortaleza. Empéñase un combate desesperado. Algunos abisinos venden cara su vida, y otros viendo imposible la lucha se ponen en fuga. Sus oficiales les llaman; unos cuantos hombres se replegan hacia una casa, que es el último refugio del rey de los reyes de Etiopía.

Conocido es el trágico fin de Teodoro.

Después de haber asistido á la destrucción de su ejército; después de haber buscado en vano la muerte en medio de las balas y cañones; cuando vió las columnas

enemigas coronar su brecha, comprendió que su última hora había llegado; vió que toda resistencia era imposible, y que iba á caer prisionero.

Este pensamiento le hacía rugir. Si los cautivos ingleses hubieran estado todavía en su poder, su muerte era segura. En un acceso de furor, ó mas bien de enajenación mental, mandó que se les exterminara inmediatamente, olvidando que estaban libres en el campamento inglés.

Todavía, acompañado de dos fieles *balantcheras*, los únicos sobrevivientes, se retiró á su habitación, tomó dos pistolas, dió una á cada uno de sus compañeros, con orden de que le mataran tan pronto como el enemigo invadiera su casa. Esperaba todavía. Después se puso tranquilamente á escribir algunas líneas, tituladas: *Mi testamento*.

Cerca de quinientos de sus mas fieles defensores se colocaron al rededor de su morada. Una lucha encarnizada y una desesperada defensa tuvieron lugar: ni un solo abisinio retrocedió: todos cayeron muertos ó heridos.

Viendo huir su poder con la sangre de sus valientes soldados, contemplando su imperio destruido, su dinastía derribada, acabado su reino, dos torrentes de lágrimas surcaron su negro rostro, un atroz sufrimiento contrajo todos los músculos de su faz y de su pecho, y sus miembros se retorcieron en una desesperación muda, terrible, espantosa. Agonía atroz que debe borrar muchos crímenes. Y los dos *balantcheras* inmóviles, con la pistola preparada, esperaban la orden del rey.

Entregó su testamento á Emgheddo, el padre del general muerto en el asalto. La lucha duraba todavía.... no habían muerto todos los abisinos. Cruzando sus brazos al pecho estuvo orando, y después, con una voz ronca, entrecortada, repitió varias veces:

— ¡Etiopía! ¡Mi esposa! ¡Mis hijos! Y la puerta, quebrantada por los golpes de los sitiadores, cruja.

Levantando entonces su cabeza, sacando su espada para morir matando, dijo á los *balantcheras*:

— ¡En el seno de la Trinidad, fuego!

Los dos apuntaron á la cabeza de Teodoro: el valor faltó á Emgheddo: su brazo cayó inerte sin haber hecho fuego. Arrea solo obedeció, y Teodoro lanzó un débil gemido. Ya no existía; la bala le había roto el cráneo.

Como Teodoro vestía sencillamente, es decir, sin distinguirse de los indígenas y como la agonía había cambiado sus facciones, los ingleses no querían reconocer en aquel cadáver los restos mortales del bárbaro vencido. Sin embargo, al cabo la verdad se abrió camino, la noticia cundió por las filas y todo el mundo celebró tan señalado triunfo.

Sacaron el cadáver de la casa y le expusieron en público. Sir Roberto Napier con sus capitanes quiso contemplar al enemigo muerto y tendido en el suelo tal como se ve en nuestro dibujo.

Hé aquí para concluir el testamento de Teodoro:

« En el nombre de la Trinidad, Teodoro, último rey de los reyes de Etiopía.

» Para vencer á Teodoro, Dios ha dicho á la nación que tiene bajo su ceño mas de la mitad del universo: « Ve, reúne todos tus ejércitos de mar y tierra; yo estaré contigo: combatiremos juntos y le aplastaremos. »

» Así ha sucedido.

» Si la Inglaterra conserva el imperio de mis antepasados abisinos, ¡guerra á los opresores! Si, por el contrario, se retiran, quiero que mi hijo Machecha sea mi sucesor, y yo el emperador, le digo:

» Sé amigo de aquellos á quien Dios ha dado la victoria, porque saben proteger á sus amigos. Sé amigo de estos guerreros, porque son invencibles.

» Los otros... ¡chacales! tienen miedo del león inglés.

» Machecha, sé grande como tu padre, y teme á la Santa Trinidad. »

R. C.

Academia

DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS DE MADRID.

LA PERFECTIBILIDAD DEL HOMBRE.

(Continuacion.)

Todo escolar encuentra medios mas abundantes de residir en las grandes poblaciones, sin ser gravoso á su familia, porque se los facilita el desenvolvimiento de los negocios, ocupaciones y ejercicios: camino mas decoroso y digno que el de la sopa y el de la tuna, mengua de la época por que se quiere abogar, y virus putrefactivo, que rara vez extirpaban de raíz el talento y la instrucción.

A cuantos chicos descuellan en las escuelas de los pueblos, dando muestras de especial aptitud para las letras, se les ofrecen mil ocasiones de emprender alguna carrera, ya á impulsos del aliento que infunde en todos la publicidad de los ejercicios, ya al amparo de recomendaciones de representantes y de escritores públicos. Es de esperar que se facilite el ingreso en los colegios de internos de los Institutos provinciales, concediendo plazas gratuitas á los niños que despusen en las escuelas primarias.

El resto de los jóvenes que carezcan de las condiciones expresadas, no irán fácilmente á estudiar; mas esto en lugar de ser un mal, será un gran bien para las ciencias y para las industrias. Las primeras se verán libres de ese aluvion de adocenados que las invadían, sin la base de la educación doméstica y sin chispa de talento: afluencia sofocante, cuando han faltado las válvulas de los conventos y de las capellanías: y las artes, las industrias y los oficios retendrán un crecido número de brazos, que solo allí pueden emplearse con provecho del individuo y de la patria. Para todos, la instrucción primaria gratuita y obligatoria; las facultades, para los que las tengan.

En cuanto á que hayamos embrollado á los niños y jóvenes cargándolos de asignaturas en cada año escolar, hay que distinguir. Concederé cuanto quieran á los opositores relativamente al mas ó al menos, y sobre todo, respecto á la combinación y orden sucesivo de las materias que deben simultanearse, á la multiplicación y mejoramiento de los libros de texto, en lo cual es indudable que nos falta mucho que hacer; empero en lo que se refiere á la base del método, no me siento dispuesto á dar cuartel, porque los impugnadores carecen de razon: sea que les chocha demasiado la novedad, que no han debido estudiar en sus fundamentos esenciales.

El niño y el joven tienen en grande ebullición sus facultades sensoriales, son por naturaleza imitativos, y se encuentran en el período crítico de ejercitar la memoria, la actividad, la perfección exquisita y la atención continua, aunque inconstante. No hay objeto que pase desapercibido, ni expresión que se les escape, ni instante en que huelgue su voracidad asimiladora. El sistema actual de enseñanzas es consecuencia legítima del estudio fisiológico de la infancia: de continuo movimiento, variado y algo fantasmagórico en la primaria; mas formal y siempre activo en la secundaria y superior: demostrativo y aplicado en cuantas materias lo consientan. Porque á los pocos años el hombre necesita poner en ejercicio todas sus potencias, para que se despeñen y crezcan: no tiene perseverancia para estar una hora seguida en un solo juego, en distracción igual, en la misma ocupación: pero al propio tiempo tiene energía suficiente para pasar todo el día en movimiento mental y cerebral; para no cansarse, mientras diversifica, sino cuando le rinde el sueño.

Aunque nuestro método no tuviera otra ventaja sobre los antiguos que la de servir grandemente para descubrir las inclinaciones positivas de los jóvenes, merecería la preferencia que con razon se le ha dado. Haciendo gustar á la infancia los diferentes alimentos del espíritu, y observando con tino los que le repugnan, los que apetecen y los que mejor le sientan, segun sus peculiares apetitos, es como el padre y el maestro llegan á conocer bien las facultades respectivas de cada individuo, descubriendo al cabo la verdadera vocación de los educandos: asunto el mas provechoso, para no gastar el tiempo y las fuerzas en una educación errada, ó para sacar de la bien elegida abundantes y sazonados frutos.

Vamos á otro ramo, importantísimo tambien: á la administración de justicia. ¿No se ha adelantado en él modernamente? ¿Puede compararse, sin asombro, el estado precario de la seguridad personal y de la propiedad de nuestros mayores, con el que hoy disfrutamos sus descendientes? ¿Trocariamos los nietos las garantías de nuestras personas, bienes y derechos por las que tenían los abuelos?

Juzgaban antaño en primera instancia alcaldes ordinarios y corregidores de capa y espada, que, legos en el derecho, buscaban asesores letrados, por lo comun fuera del pueblo de su residencia, porque no los había en todos. Eran estos jueces parientes, relacionados amigos ó enemigos del mayor número de los actores y reos, de los testigos y peritos, que intervenían en los pleitos y causas.

Revestidos del mero y mixto imperio, y resumiendo toda la autoridad, en lo civil como en lo criminal, en lo gubernativo como en lo económico, lo mismo fallaba los asuntos de cualquier cuantía que imponían la última pena. No era raro ver que encarcelaban por muchos dias á un vecino, sin formación de causa, ó que dejaban en libertad á un homicida bajo cualquier fianza, ó por la mera confianza judicial.

Para apelar de estos fallos, en el vasto territorio de Castilla y Leon, multitud de litigantes habían de llevar sus alzadas á 50, 60 y 70 leguas de su domicilio; jueces tan apartados del teatro de los sucesos eran los encargados de las apelaciones para confirmar, enmendar ó revocar sentencias perjudiciales, y á veces injustísimas.

¡Qué de entorpecimientos para todo y para todos! ¡Cuántas dificultades para la remesa de autos y para llevar documentos y pruebas! ¡Qué desigual lucha entre contentientes de diversa posición, entre ricos y desvalidos! Preciso era que resultasen daños y parcialidades inevitables con tan desacertada administración.

En la actualidad poseemos una organización acomodada de tribunales de primera, segunda y tercera instancia y de casación, al compás de las naciones mas cultas: jueces, magistrados y fiscales, letrados y responsables, que no devengan derechos por estar completamente dotados: una distribución racional del territorio en partidos judiciales y distritos de audiencias: publicidad de juicios y de pruebas, y sentencias motivadas; precisión indeclinable de que sepa el reo la causa de su prisión antes de las veinte y cuatro horas: procedimientos especiales para juicios de conciliación, de

paz, de faltas y de menor cuantía: sustitucion de los gastos del juicio y de las multas en dinero con el papel sellado: tres códigos sancionados y los restantes á punto de publicarse, y tantas otras garantías que aseguran la preciada posesion de los bienes, el triunfo de los derechos y el don inestimable de la seguridad personal, que son el alma y el fundamento del bienestar social.

No podemos exigir los ancianos, que los que han nacido en mejores días perciban estas diferencias con claridad y con calor; mas á los que hemos conocido aquel atraso, sufriendo y llorando las consecuencias, permítanos que defendamos y glorifiquemos el progreso alcanzado. Si se nos negase la manifestacion expansiva de esos contrastes, nuestros propios hijos dudarian si era una nacion de Europa culta, donde se vivia como hemos vivido.

A pesar de sus lunares, que todo los tiene en este mundo, bendigamos la civilizacion; y si no lográsemos que los obcecados se desengañen, opongámonos con todas nuestras fuerzas á ilusos que quisieran volvernos á la edad de hierro, negando la perfectibilidad humana.

He bosquejado de corrida algunas ventajas, porque fuera tarea interminable el enumerar uno por uno todos los adelantos: voy á recopilarlos en un sencillo resumen.

A los barcos de vela han reemplazado los de vapor y hélice.

A las galeras corsarias, con ejes leñosos y clavos saltos, las diligencias con ejes y aros de hierro, y los wagones con caloríferos.

A la primitiva caleza, los coches de plaza con número y tarifa.

Al correo semanal, el diario y los telégramas instantáneos.

A las partidas de bandoleros, las parejas de la Guardia civil.

A las cruces de asesinatos terroríficos en los caminos, los esbeltos kilómetros itinerarios.

A las plantaciones de renuevos arrancados de árboles viejos, las almácigas y los viveros.

Al enterramiento en las iglesias, los cementerios.

A los torreros de las costas, mas de cien faros de reverbero de luz fija ó giratoria.

A los verederos, los *Boletines oficiales*.

A la *Gaceta de Madrid*, hebdomadaria y en cuarto, centenares de periódicos diarios descomunales.

A la oscuridad, mal piso y deseo de calles y zaguanes, la limpieza diaria, las cancelas, los porteros, las cubetas urinarias, los adoquines, el asfalto, las aceras y el alumbrado de gas.

A los pozos inmundos, las alcantarillas.

A los aguadores de la Mari-Blanca, las fuentes de veindad y á domicilio.

A los figones asquerosos, fondas de príncipes y cafés de lujo.

A las velas de sebo, las esteáricas y el aceite mineral.

A las yescas con eslabon y pedernal, los fósforos de velilla.

A la aguja y el dedal, la máquina de coser.

A los regidores perpétuos y mitad de oficios de república en los nobles, la elección popular.

A la infamia de cómicos, carniceros y verdugos y á la exención de milicias en favor de hidalgos, tonsurados y novicios, la igualdad de los ciudadanos ante la ley.

A la tasa de regidor, el libre cambio.

A las levas, las quintas.

Al embrollo de fieles de fechos, los amillaramientos, repartos y cuentas expuestas al público.

Al predominio de pocas familias aristocráticas, la influencia de las clases medias y general.

A los privilegios exclusivos y los gremios, la libertad de industrias, las exposiciones y los premios.

Al estancamiento de la propiedad inmueble, mayorazgos y tierras espiritualizadas, la desamortizacion civil y eclesiástica.

Al arbitrario manejo de la Hacienda pública, los presupuestos votados anualmente por las Cortes.

A la regalia de aposentos, la ley de inquilinatos.

A la comunidad de pastos, el derecho de propiedad.

A recopilaciones indigestas, nuevas y novísimas de leyes, códigos ordenados y armónicos.

Al diezmo, enorme carga exclusiva de la agricultura, el sosten del culto y del clero por todas las riquezas.

A las comunidades antiguas, las que se ocupan en la enseñanza, en las misiones ultramarinas y en el ejercicio de caridad.

Al suplicio horrible y repetido de la horca, el garrote poco frecuente.

A la molestia de pasaportes y su presentacion al pernoctar, el libre derecho de trasladarse á cualquier punto.

A la penuria de hambres y carestías en las clases proletarias, la abundancia de trabajo y de comestibles.

A las repugnantes violencias de bagajes y alojamientos, la regularidad del servicio por contratos.

A las pérdidas por incendios y naufragios, las compañías de seguros.

A la usura de los prestamistas, los Bancos.

A la falta de prevision, las Cajas de ahorros y de depósito.

Al silencio de los actos gubernativos, la publicidad de la prensa, la tribuna parlamentaria, los colegios electorales, los comités afrancesados y los meetings á la inglesa.

A la carencia de datos oficiales, los censos, las estadísticas generales y las especiales de instruccion, beneficencia, criminales, etc.

Al trabuco y al fusil, las carabinas rayadas y los revolvers.

Al orraj y al carbon vegetal, el carbon de piedra.

A la silueta y cámara oscura, el daguerreotipo y la fotografia.

Con ser tan pesada la relacion comparativa que acabais de oír, la habrá hecho tolerante la grandeza de los progresos que revela en todos los asuntos de la vida individual y social; así en la copia de medios de existir, como en la higiene: lo mismo en el sesgo de las costumbres, que en el dominio de la ciencia: tanto respecto de los intereses particulares, cuanto del pro comunal.

Este índice, todavía incompleto, que pudiera serlo de un grueso volumen, contiene la demostracion que me he propuesto hacer; por mas que sobre algunos de los puntos no falte quien objete y discuta. Seria vano empeño querer privar á la sociedad actual y á la generacion presente de ese floron glorioso de sus conquistas, donde tantas piedras preciosas sobresalen, porque en algunas cosas, ó menos importantes ó mas difíciles, haya retrocedido algun tanto, ó permanezca estacionada.

Mírese al conjunto de esas trascendentales mejoras, y ni la crítica mas severa, ni la mas delicada conciencia podrán desconocer que atravesamos un período de perfeccionamiento real extraordinario. No puede haber quien de buena fe quiera retroceder, lisa y llanamente, á los tiempos pasados, y lo confirman los mismos maldicientes de la civilizacion moderna, que para anatematizarla y perseguirla se aprovechan de los medios perfeccionados de que detestan.

Al ver que ni saben explicarse ni habria quien los comprendiese ni escuchase, sino acomodándose á la norma de la época, bien podemos pronosticar que al realizar el retroceso por que anhelan, se llevarian en pos de sí muchas de las ventajas coetáneas, aunque tuvieran que ataviarlas de casaca, espadin y peluca empolvada, ó discurrir alguna mistificacion para disimular el contrabando.

Desengañémonos: el mundo no siempre mejora; pero el mundo de hoy marcha adelante con velocidad creciente. Sucederá á este un período de detencion ó de decadencia, es posible; mas en el interin se avanza con rapidez, con mayor ahinco cada día, sucediéndose sin cesar los descubrimientos portentosos, que demuestran hasta la evidencia la perfectibilidad humana. ¿Hasta dónde llegará esta?

EL HOMBRE NO ES INFINITAMENTE PERFECTIBLE.

Acabamos de ver la grandeza del género humano: veamos tambien su pequeñez.

Las pruebas dadas en demostracion de que el hombre mejora y adelanta, pueden, mal comprendidas, conducirnos á creer, que esa perfectibilidad no tiene límites, que es siempre susceptible de aumento, que es inagotable el progreso y el mejoramiento infinito: á tal extremo han llevado las consecuencias algunos escritores estimables, mas abundantes de corazon, que fuertes en la dialéctica.

Y es, en efecto, dulcísimo, muy satisfactorio y glorioso mercerse en tan bellas ilusiones, que embriagando deliciosamente, como que dilatan el espíritu y fortifican el ánimo para trabajar con entusiasmo entre consoladoras y halagüeñas esperanzas.

Por el contrario, negar la perfeccion absoluta parece que encadena el genio, que anonada el talento, que mata la actividad, condenando á nuestra especie á la estabilidad brutal. Es el amor propio pasion tan comun, que cuando no se resuelve á manifestarse al desnudo, adopta el ropaje de intereses legítimos ó de la conveniencia pública.

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que las almas angelicales, ansiosas de la felicidad de las naciones y gentes, y entusiastas de lo bueno, de lo bello y de lo sublime; ó que mentes activas, enloquecidas con esa especie de milagros científicos que asombran y asustan; nada extraño, es, repito, que sueñen en mejoras ilimitadas y tengan al hombre por capaz de un perfeccionamiento sin fin.

Por otra parte, nos han parecido siglos de un misticismo inerte, letárgico y contemplativo, y era consiguiente la reaccion contraria, que al sacudir la carga, no ha parado hasta el delirio artístico y hasta el desvanecimiento científico.

Afortunadamente nos encontramos en un período de transicion social, aplomo de violentas oscilaciones y centro de sacudidas opuestas, en que los entendimientos claros, acrisolados é imparciales, pueden apreciar mejor las exageraciones pasadas y presentes, valorando hasta qué punto eran errores los condenados por tales y hasta dónde llega la exactitud de los principios proclamados como verdades nuevas.

Los progresos indudables de las ciencias exactas y físicas, que en nada han sido mas extraordinarios que en el estudio de la naturaleza, han agrandado portentosamente la esfera del saber respecto de los seres de los tres reinos; y el conocimiento del hombre, física y moralmente considerado, no ha sido el menos ganancioso en las recientes conquistas.

La anatomía llevada á los últimos átomos microscópicos; las operaciones quirúrgicas repetidas hasta la temeridad ó la fiereza, y la química orgánica escudriñan-

do los misterios mas recónditos de la vida interior, han puesto á la fisiología humana dentro de sí misma y comparada con todo el reino animal en estado de decirnos de una manera segura, que el hombre, como todos los seres creados, está sujeto á las leyes eternas, que no puede variar y que gira dentro del círculo marcado por el Hacedor, sea en *espiral*, como dijo Goethe, sea en *curva errática*, como yo me lo figuro.

Segun esta doctrina positiva, el hombre no puede adquirir facultad alguna que no haya recibido de la madre naturaleza, ni perder, por su voluntad, ninguna de las recibidas. Desde la antigüedad mas remota, ni ha cambiado la forma de los seres, ni cambiará. Lo mismo la organizacion humana que la de los demás animales, es fija, invariable; y ni el carácter moral, ni el intelectual del hombre cabe que experimenten cambio alguno esencial. Hasta las cualidades y facultades, que se suponen ficticias, son el patrimonio original de la especie humana, y de ninguna manera invencion ó descubrimiento suyo.

Los gérmenes de cuanto ha hecho la humanidad en la série de los siglos y de cuanto hará en la sucesion de los tiempos, están encerrados dentro de nuestra constitucion orgánica por el soplo de la Omnipotencia. Estas aseeriones, que sin duda parecerán atrevidas á su primera enunciacion, tienen testimonios irrecusables de hecho y de filosofía pruebas innumerables de la historia del género humano, y de ninguna manera invencion ó descubrimiento suyo.

Desde que existen noticias, ninguna alteracion sustancial ha experimentado la naturaleza: las mismas leyes la rigen, idénticos fenómenos generales se experimentan, las propias causas dan los correspondientes efectos. Como el sol calienta siempre, y los graves descienden, y las órbitas planetarias no se mudan, y la lluvia fecunda los campos; como hay terremotos, tempestades, y el rayo vende, incendia y consume las añosas encinas, y el hielo excesivo mata las plantas; así es tambien que ni una virtud siquiera ha desaparecido, ni un vicio ha dejado de existir entre los hombres. La gloria infinita y las penas eternas de todos los creyentes presuponen en los mortales el bien y el mal seguro y perdurable.

Pero al decir que el género humano tiene determinadas facultades, y que no le es dado variarlas, no se expresa la verdad por completo: es necesario añadir que los tiempos y las circunstancias pueden desarrollar esos gérmenes perfeccionándolos, del propio modo que los pueden embotar y adormecer. Es decir, que las facultades del hombre son susceptibles de modificacion favorable ó adversa, si bien quedando lo esencial siempre lo mismo, en todas partes, en todos los tiempos. Varian las costumbres con mas ó menos lentitud, se cambian las maneras y los accidentes, rueda la moda en los gustos, usos y actos de una y otra generacion; pero el fondo es inmutable, como las leyes físicas.

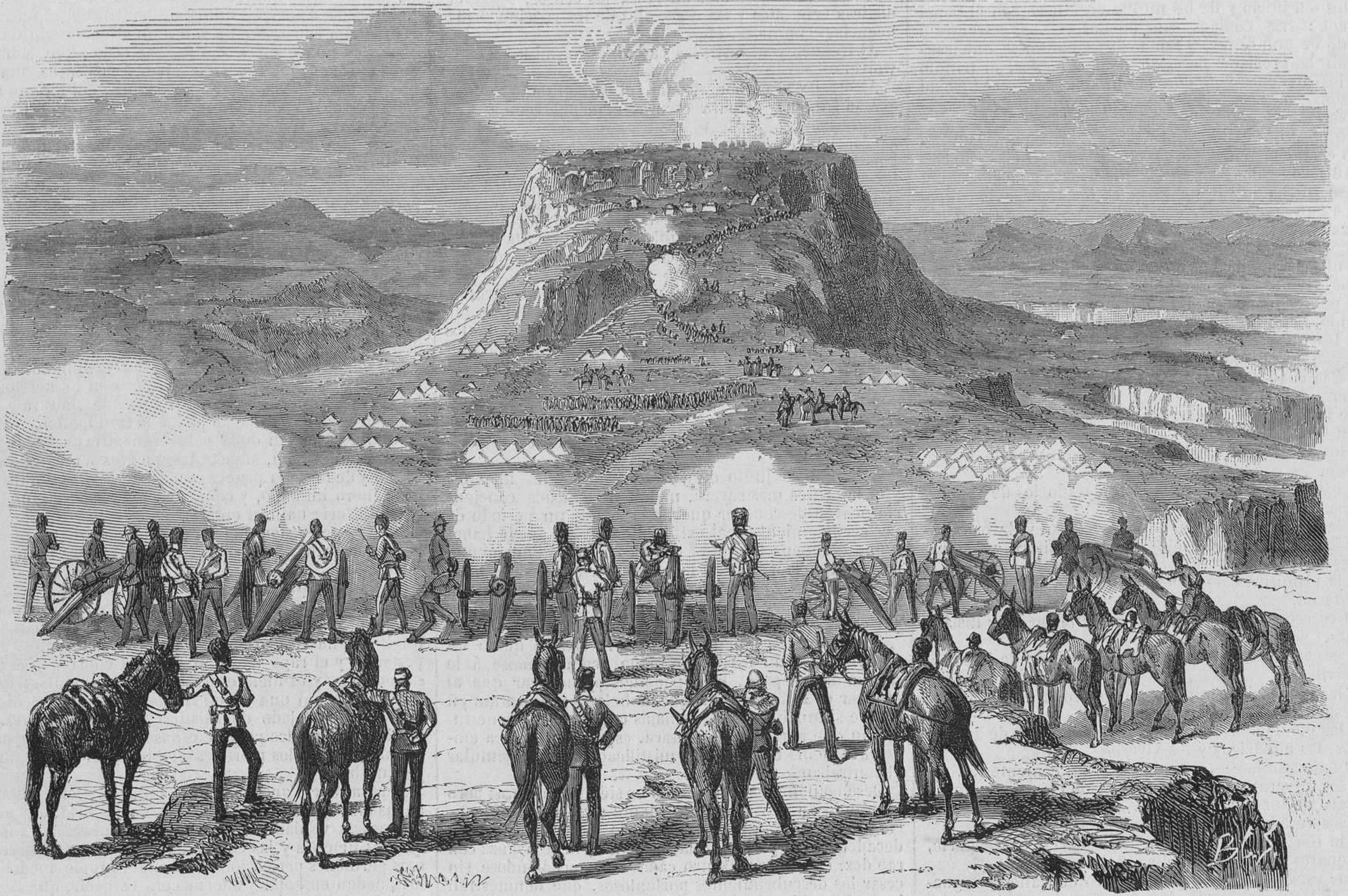
Cada individuo viene á la vida con sus cualidades orgánicas, con los talentos que Dios le ha dado, con disposiciones, aptitudes é inclinaciones determinadas. Una era social venturosa, de gobierno ilustrado y paternal, de laboriosidad y de paz, de feliz combinacion de circunstancias, puede favorecer el desenvolvimiento del poder intelectual de un pueblo, así como puede detenerlo y enervarlo la mano seca de un déspota tiranizador y brutal, ó un conjunto de circunstancias adversas. Una educacion descuidada y torcida, ó no aviva las facultades ó las pavierte; impide que crezcan, ó las esteriliza, al paso que una enseñanza bien dirigida y certera las estimula, cultiva y perfecciona. El aislamiento enerva y achica, reduciendo el círculo de actividad; el trato, el ejemplo y la comunicacion, enseñan y comprometen al ejercicio. Detengámonos un poco á discurrir sobre las consecuencias de la *sociabilidad* y acerca del poder de la *educacion*.

Es sociable el hombre en virtud de sus facultades. Esta cualidad que poseen tambien á su modo el castor, la abeja, la hormiga y otros animales, indica desde luego que el hombre, además de sus atributos egoísticos, tiene otros que le relacionan con los demás individuos; regidos por sus leyes morales, han nacido naturalmente los deberes y derechos del ciudadano, respecto de sí mismo y de la sociedad.

Descubre además esa cualidad que, amen de lo que puede pensar y ejecutar por sí solo, tiene arbitrio para discurrir y hacer mucho mas, asociado y en concierto con otros, repartiendo atinadamente la parte de estudio ó de tarea á que cada uno corresponde, de donde procede la separacion de oficios y profesiones y la division del trabajo.

Despoja al hombre de la cualidad de sociable; es decir, del concurso mútuo, del saber y de las fuerzas de todos, del tesoro inmensurable de las tradiciones, trabajos, obras y escritos de las generaciones precedentes, y le vereis abismado en su propia limitacion, reducido á las tristes condiciones de los primeros pobladores, ó al estado precario de un nuevo Robinson.

Figurémonos á una sordo-muda en cinta, que se ve arrojada sola y sin amparo humano á una isla desierta, donde á poco da á luz dos gemelos, un niño y una niña. Los amamanta trabajosamente, alimentándose de raíces y frutos silvestres, y se queda desnuda para abrigarlos con retazos de sus haraposos vestidos. La muerte de la madre los deja huérfanos, cuando apenas pueden atender á su existencia material; pero salen adelante y viven. Estos niños, que no han oído idioma alguno, no tendrán lengua, propiamente dicha; no sabrán cazar, ni pescar, ni acertarán á cultivar la tierra, porque ni lo aprendieron, ni tienen instrumentos, hasta llegar á po-



SUCESOS DE ABISINIA. — Asalto de Magdala.



Descubrimiento del cadáver de Teodoro después de la toma de Magdala.

Pauget

H. DUTHEIL, Escorpión

seer, con sus propios medios, los de alimentarse con regularidad, de cubrirse las carnes y de guarecerse de las inclemencias del tiempo, se les pasaría la vida. Supongamos que se les pasaría la vida. Supongamos que se propagasen y contarán larga descendencia y generaciones, ¿cuántas sucumbirían antes de hallarse en el estado que hoy tienen naciones semi-bárbaras? Para esos seres, que podemos imaginar sin violencia, se habrían borrado todas las páginas del libro de la humanidad, y al cabo de tantos millares de años volverían al comienzo del mundo, como si nada hubiera pasado.

En efecto, privado el hombre de los elementos acumulados por la colectividad en la serie de los siglos, y siempre en el aislamiento individual, ni habría edificado esas ciudades populosas y opulentas que nos admiramos, ni existirían esas redes de caminos calzados que cruzan la tierra en varias direcciones, ni veríamos con asombro esas obras titánicas de acueductos, puentes, pirámides y otros monumentos seculares que, ni aun contando con la máquina viviente de millares de peones, capataces, alarifes y arquitectos, no acertamos á explicar. Tampoco habría anales, sino centurias, y en vez de historia, solo tendríamos biografías.

Tan cierto es esto, que aun reunida la especie humana en grandes naciones, adelantó poco, mientras que á las sociedades les faltaron relaciones estrechas y fáciles para conocerse bien, para cambiar sus productos naturales y fabriles para prestarse, en fin, sus respectivas ideas, invenciones y saberes. La asociación de la familia es poco; la de la nación todavía no basta; el desenvolvimiento completo del poder humano reclama la so-

ciudad universal, no en el sentido político de las ambiciones quinticarlinas ó napoleónicas, sino en el de relaciones mútuas, amistosas, comerciales y científicas.

No temo asegurar que el gran progreso de nuestra era quizá no reconoce, entre sus varias causas, otra mas determinante que el haberse enseñoreado las naciones cultas de todos los mares, continentes é islas del globo, y púesose en contratacion frecuente con todos los pueblos de las cinco partes del mundo. Iba á decir *de la tierra conocida*, frase sacramental de nuestros antepasados, que tenían mucho por reconocer y aun auguraban un gran continente austral, pero que es locucion impropia, cuando sabemos que no pueden existir grandes tierras ignotas.

(Se continuará.)

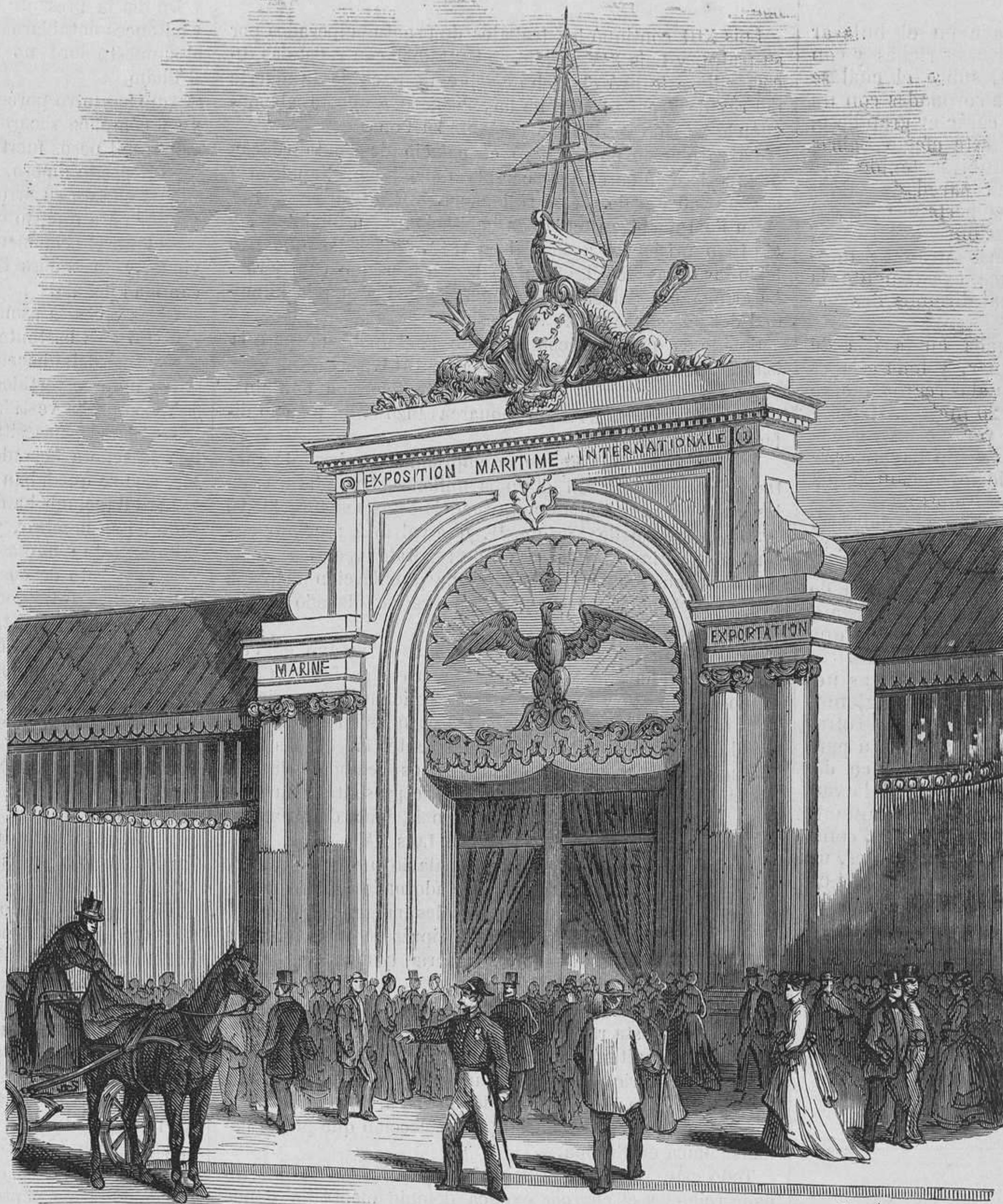
Exposicion

MARÍTIMA INTERNACIONAL DEL HAVRE.

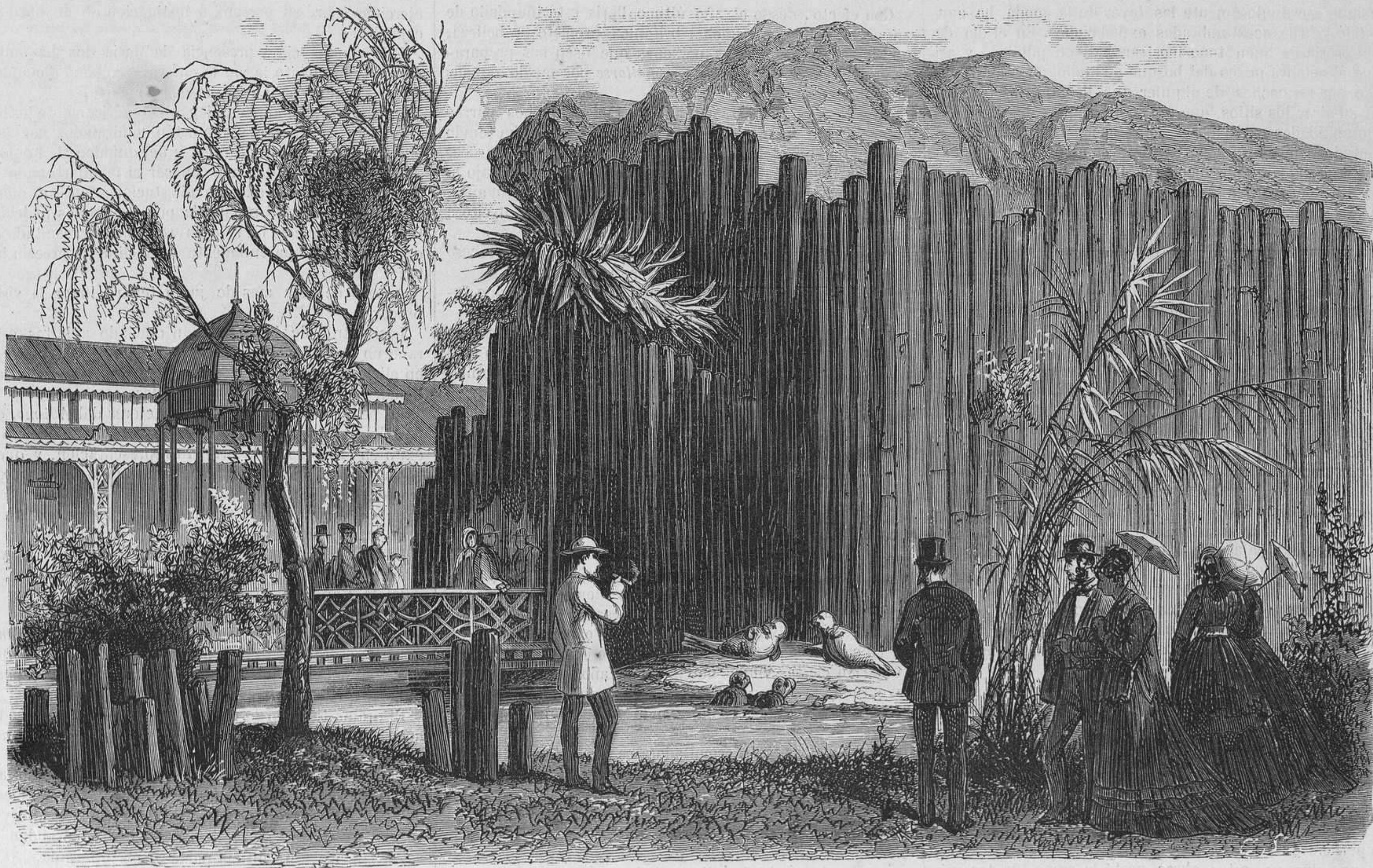
(Véase el N° 806.)

Inmensa era la muchedumbre que habia el domingo último en el Havre; toda la Normandía se encontraba allí, y si esto continúa, como es de esperar, y si la compañía del ferro-carril del Oeste organiza trenes á precio reducido, la Exposicion marítima tendrá la boga que se merece.

Mientras publicamos la vista general de esta Exposicion, vista que no ha podido hacerse hasta ahora en razon á lo retrasadas que están las construcciones quedeben embellecer el jardin central,



Exposicion marítima internacional del Havre. — La puerta principal.



Exposicion marítima internacional del Havre. — El Aquarium: vista exterior.

damos hoy el dibujo de la puerta principal y el del aquarium.

La puerta principal se halla situada en el bulevar Imperial, y á cada lado dos columnas estriadas y con capiteles sostienen un entablamento, sobre el cual se ven las armas de la ciudad del Havre coronadas con un navío. Esta puerta, aunque no tiene carácter grandioso, es de un efecto agradable, y quizás este efecto habria sido mayor si la administracion no hubiese tenido que estrechar la entrada levantando una pared de tablas para ocultar las casuchas contiguas pertenecientes á hombres recalcitrantes á la expropiacion.

El aquarium es una de las cosas mas curiosas é interesantes de la Exposicion; reproduce exactamente la célebre *Gruta de Fingal*, sobre la cual diremos dos palabras.

La gruta de Fingal se halla situada en la isla de Staffa, se encuentra á la orilla del mar, y toda ella es de basalto, y está formada de columnas regularmente prismáticas y de una altura de 15 á 20 metros. Repetidas veces hemos tenido ocasion de ver ciertas formaciones basálticas de las mas notables y no hay necesidad para observar este producto de formacion ignea seguramente, de ir hasta las Hebridias, pues en los departamentos del Cantal, de Puy-de-Dôme y del Alto Loira, se ven curiosísimas muestras. Sin embargo, el constructor del aquarium de la Exposicion no podia elegir mejor modelo que el que presenta la gruta de Fingal, y que ha copiado exactamente, salvo el estanco que le rodea, y en el cual hay algunas focas que no parecen extrañar la atencion de que son objeto.

Figúrese el lector un gran monton de piedras neogruzcas, de figuras prismáticas de cinco caras, aglomeradas perpendicularmente, de modo que son como otras tantas articulaciones que se encajonan y se juntan para formar una columna. Tal es el aspecto esférico del aquarium de la Exposicion del Havre, que es á la verdad un poco triste, pero de una originalidad sumamente extraña. El interior debe tener necesariamente, como la gruta de Fingal, 65 metros de extension; esto es, un espacio bastante considerable para poder reunir en estanques alumbrados una prodigiosa cantidad de variedades de peces, de plantas marinas y de conchas como solo pueden verse en un puerto de mar: la disposicion es perfecta.

Concluamos por una observacion: M. Le Play, organizador de la Exposicion universal de Paris, es quien ha hecho el estudio mejor y mas interesante de los saltos de la gruta de Fingal.

M. D.

Revista de Paris.

La corte está en Fontainebleau y la poblacion de Paris, que sigue escrupulosamente las leyes de la moda, ha emprendido ya sus acostumbradas expediciones. En el dia de hoy no seria de buen tono mostrarse ya en público, y asi es que el célebre paseo del bosque de Boulogne se halla invadido por los coches de alquiler que llevan á los forasteros á admirar los sitios que sirven de puntos de reunion á las notabilidades parisienses. Estos coches de alquiler descoyuntados, informes, con sus pinturas manchadas, sus caballos escuálidos y sus cocheros inmundos, se atreven á todo. Allí donde antes transitaban las suntuosas carretelas, ellos van desfilando con paso tardo y se dan el tono de los lacayos vestidos de señores. ¡Chocante espectáculo en verdad, y que debe dar á los extranjeros una idea muy falsa de lo que es el paseo del bosque de Boulogne á la orilla de los lagos cuando Paris está en todo su auge!

Las excursiones á Fontainebleau, ahora que reside allí la familia imperial, están muy en boga. Magnifico es en efecto y muy digno de verse ese sitio imperial, uno de los mas hermosos de Europa, y que además reúne el interés de tantos sucesos de todo género que han tenido á Fontainebleau por teatro.

Tomos enteros podrian escribirse si se quisieran relatar los crímenes odiosos, las brillantes fiestas, las escenas de toda clase ocurridas en ese inmenso palacio. Reyes, guerreros, príncipes de la Iglesia, artistas y hombres eminentes de todos los paises han dejado en Fontainebleau un recuerdo que no morirá nunca.

El origen del palacio es muy remoto y muy incierto; pero de todos modos, hasta los tiempos de Francisco I no cobró Fontainebleau la importancia que aun hoy dia conserva. Francisco I mandó destruir las construcciones existentes é hizo un palacio nuevo, que adornaron artistas como Leonardo de Vinci, Andrés del Sarto, Gerónimo della Robbia, Benvenuto Cellini, etc.

Concluida la reedificacion de los antiguos edificios, Francisco I creó los del patio Oval, mandó construir la galería de Ulises, el salon de baile, la galería que lleva su nombre, los pabellones de Pomona y de las Armas y dispuso la plantacion de diferentes jardines.

Enrique II y Catalina de Médicis contribuyeron poderosamente al embellecimiento de Fontainebleau; pero despues de Francisco I, el que hizo mas fue Enrique IV, pues dobló la superficie de los edificios y los jardines, y en diez y seis años que duraron estas obras gastó la suma de dos millones y medio de francos, cantidad que era considerable

en aquel tiempo, aunque hoy excite la sonrisa de M. Haussmann.

Luis XIII continuó los trabajos de ornato empezados por su padre, y Luis XIV residió en Fontainebleau repetidas veces. Allí se le oyó el dicho célebre despues de la muerte del rey de España: «Ya no hay Pirineos,» que no sabemos cuándo ha sido verdad, no obstante su fama.

La revolucion no destruyó el palacio de Fontainebleau aunque le dejó en el mas completo abandono. Napoleon I era muy aficionado á esta residencia.

En Fontainebleau tenia sus habitaciones, su biblioteca, y allí tuvo prisionero á Pio VI en 1812. Todos los que han leído las obras de Vigny saben las escenas que ocurrieron. La arrogancia del conquistador fué vencida por la humildad del jefe supremo de la Iglesia.

Sabido es que Napoleon salió de Fontainebleau para la isla de Elba á fines de la campaña de 1814.

Luis XVIII y Carlos X residieron tambien en Fontainebleau, y el primero de estos monarcas hizo en el palacio diferentes obras.

En tiempo de Luis Felipe se emprendieron obras de restauracion que costaron algunos millones. Las pinturas de los maestros necesitaban con urgencia estas restauraciones, así como la sala de Enrique II, que volvió á recobrar entonces su antiguo brillo, eclipsado repetidas veces.

Por último, Napoleon III tiene una predileccion marcada por esta residencia, y en su tiempo se han llevado á cabo trabajos importantes.

Otro punto de excursiones durante el verano es Versailles, cuyo palacio y jardines tienen eterna fama. Como en Fontainebleau y todas las demás residencias imperiales, aquí se sostienen los edificios y los parques en un perfecto estado de conservacion. Particularmente en el Pequeño Trianon se han hecho en estos últimos tiempos todas las obras necesarias para que en el dia se presente á nuestra vista lo mismo que se encontraba en la época de su mayor brillo, que fué cuando el reinado de Luis XVI.

Luis XV fué el fundador de este palacio en miniatura, que queriendo ser una casa rústica, fué adornado artísticamente y con una elegancia suma. Los árboles indígenas y exóticos son magníficos. Los hay, como el ciprés de la Luisiana á orillas del lago, no lejos de la lechería, que causan la admiracion de los visitantes.

Sabido es que María Antonieta tenia una predileccion marcada por esta residencia. La esposa de Luis XVI pedía á todos los capitanes de buque que iban á las comarcas célebres por la riqueza y abundancia de su vegetacion, que la trajeran para el Pequeño Trianon los árboles mas diversos, de cuyo modo reunió allí una coleccion que puede llamarse única en Europa.

Todo este palacio está lleno de recuerdos de la infortunada reina, y el *cicerone* explica detenidamente en dónde tuvieron lugar los acontecimientos memorables que son otras tantas páginas de historia.

Mucho se ha hablado esta semana en Paris de una inglesa que se llama ó se da el nombre de Rachel, y que se titula *esmaltadora*.

Con efecto, desde el año último Paris está inundado de anuncios, donde esta Rachel británica promete la belleza, una belleza eterna, á las personas que usen sus preparaciones, es decir, que quieran *esmaltarse* por medio de sus procedimientos.

No sabemos si en esta capital ha tenido muchos parroquianos, pero hoy llega á nuestra noticia que los ha tenido en Londres, pues hace pocos dias ha debido comparecer ante el tribunal de policía de la calle Marlborough, bajo la acusacion de haber obtenido dinero valiéndose de engaños.

Una señora inglesa, llamada Borradaile, es quien citó á Rachel ante la justicia.

Nada mas curioso que las revelaciones de este proceso relativamente al oficio de la tal esmaltadora.

En primer lugar resulta que no se llama Rachel, sino Le-
verson; pero en suma, esto importa poco.

Parece ser que en 1866 la señora Borradaile se avistó con la Rachel quien la prometió hacerla hermosa, con lo cual podria contraer un matrimonio que era objeto de sus ambiciones.

Ahora bien, para alcanzar esa belleza tan deseada habia necesidad de hacer algunos gastitos preparatorios: era preciso emplear ciertos cosméticos y tomar baños que producen efectos particulares y cuyo secreto á nadie confía la esmaltadora.

La señora Borradaile, como aquella compatriota que creyó las fingidas visiones del espiritista M. Home, dió asenso á las palabras de Rachel y figurándose que el enlace que tanto deseaba era cosa hecha, entregó de buenas á primeras la cantidad de cinco mil pesos fuertes y repitió con una generosidad sin ejemplo las remesas.

Es del caso advertir que la señora Borradaile es mujer de cincuenta años y que hacia siete que estaba viuda. ¡Qué no darian ciertas viudas de cincuenta años por recobrar la juventud y la hermosura, y con ellas las esperanzas de un matrimonio de amor, como cuando se cuentan veinte primavera!

Confiada pues en la esmaltadora se sometió con toda seriedad á su régimen y tomaba baños continuamente.

— Su futuro esposo está ya prendado de Vd., la decia la esmaltadora.

— ¿Y cómo puede ser eso? ¿Dónde me ha visto?

— En el baño.

— ¡En el baño! ¿Qué dice usted?

— Sí, señora, en la pared hay agujeros, y repito á usted

que su futuro esposo está ya perdidamente enamorado.

Un dia la presentó el novio, que dijo ser lord Ranelagh, y entonces entablaron una correspondencia amorosa, si bien el supuesto lord no firmó jamás sino con el nombre de William.

Aquí hay otro paréntesis pecuniario. Entre la esmaltadora y su cómplice sacaron á su cándida victima la suma de veinte mil pesos fuertes.

— Necesito dinero, exclamaba el supuesto lord Ranelagh. Y si ella en su arrobamiento amoroso se atrevia á preguntar para qué, lo cual era muy raro:

— Para el armamento de voluntarios, respondia el individuo, y la señora Borradaile entregaba sin mas ni mas la cantidad pedida.

Otras veces la esmaltadora la decia:

— No sois bastante elegante para esposa de un lord.

— ¿Qué debo hacer pues?

— Comprar vestidos.

Y compraba vestidos.

— Además, necesitais joyas.

Y la señora Borradaile compraba alhajas de un gran valor, que se quedaban en poder de la esmaltadora.

Lord Ranelagh ha declarado solemnemente que han abusado de su nombre, y el tribunal no ha pronunciado aun su fallo en este singularísimo proceso.

A propósito de cosas judiciales, tambien en Paris vamos á tener dentro de pocos dias nuestra causa célebre.

Hace tres meses, tanto los periódicos como los rumores que corrian en esta capital, dieron una importancia misteriosa á un crimen cometido en la calle de Montorgueil, y rodeado verdaderamente de circunstancias extraordinarias.

Referiase que un jóven perteneciente á una familia ilustre habia hecho asesinar á una jóven, hija tambien de una de las primeras casas de la capital, y hasta se citaron los nombres.

Sin embargo, una vez que se hubo apoderado del caso la justicia, se hicieron averiguaciones de las cuales resultan los hechos siguientes que son ya por cierto, harto dramáticos.

El jóven procesado se llama Carlos Joaquin Reynard, tiene veinte y ocho años y administraba por cuenta de su madre una casa amueblada en la calle de la Arcade, número 17.

Tambien está procesada una mujer, María Antonieta Petit, de estado casada, de edad de cuarenta y seis años, comadre de profesion, y que vive en la calle Montorgueil.

La victima se llamaba María Chacon y tenia veinte y un años. María Chacon habia abandonado á su familia para ir á vivir con Reynard, quien la instaló en una habitacion de la calle Pasquier.

Un año hacia que duraban sus relaciones, cuando habiendo caido gravemente enferma María Chacon, Reynard la llevó á la casa municipal de sanidad, con un nombre supuesto.

María conoció que su última hora habia llegado, y entonces manifestó á varias personas, que así lo han declarado, que iba á morir de resultas de las maniobras criminales ejercidas sobre su persona á instigacion de Reynard por la comadre.

Esta compareció á presencia de María dos dias antes de morir, y en cuanto la vió la enferma exclamó diciendo:

— Esa mujer es la que me da la muerte.

Reynard y su cómplice niegan categóricamente los hechos que sobre ellos pesan y que están confirmados por las declaraciones del doctor Tardieu y del químico M. Roussin.

Los debates nos darán á conocer si la infortunada María Chacon no hizo aquellas manifestaciones en un momento de turbacion mental producida por sus agudos padecimientos, ó si su muerte ha sido en realidad el resultado de un crimen, como aparentemente se inclina á creerlo la justicia.

A fines de este mes de junio tendrá lugar la vista del proceso.

Los teatros de Paris que han quedado abiertos este verano no se hallan tan desanimados como de costumbre, pues en ellos se están dando dramas inéditos que no dejan de llamar la atencion de los aficionados.

Ya hemos hablado á nuestros lectores del *Abismo*, drama de Carlos Dickens, que obtuvo en el Vaudeville un gran éxito en la noche de la primera representacion, y que continúa llamando mucha gente, no obstante la temperatura tropical de que disfrutamos.

Desde entonces hasta el dia que escribimos, se han estrenado las producciones siguientes:

En el Ambigu, la *Czarina*, drama en cinco actos y ocho cuadros, por MM. Julio Adenis y Gastineau.

En la Gaité, los *Huérfanos de Venecia*, drama en cinco actos y seis cuadros, por M. Ch. Garand.

Y en la Sala Ventadour (Teatro Italiano), *Madama de Chamblay*, drama en cinco actos, por M. Alejandro Dumas.

Vemos pues que ni los autores ni las empresas ceden ante el calor que nos agobia.

El drama titulado la *Czarina* se reduce á un episodio de amores: es un argumento, ridiculo en verdad, cuando se pone en escena á la poderosa soberana del Norte.

En los *Huérfanos de Venecia* no hay otra cosa que la venganza de un dux, que teniendo á su cuidado la suerte de una familia á quien aborrece, deja morir á la madre y quiere prostituir á la hija. Felizmente para la moralidad pública, le sale mal esta última parte de su programa.

Madama de Chamblay es otra cosa. Desde luego se conoce en este drama la mano del autor de *Antony* y de *Margarita*

de Borgoña. La protagonista es una mujer que ha hecho un casamiento de conveniencia, y que como sucede harto á menudo en esta clase de enlaces á la moda del dia, entabla relaciones con un jóven. El protector de este jóven es un prefecto que de resultas de una contienda con M. Chamblay, se desafia con él y le da muerte. Tal es el desenlace al que preceden situaciones palpitantes de interés y altamente dramáticas.

Este drama ha gustado sobremanera: hace largo tiempo que Alejandro Dumas no habia obtenido un triunfo semejante.

MARIANO URRABIETA.

La Ordalia ó prueba del fuego.

I.

Era una hermosa mañana del 3 de mayo, y la ciudad imperial de Tréveris presentaba el aspecto de un dia de gala, y la multitud vestida en traje de fiesta se dirigia solícita á un punto central, adonde iba sin duda á presenciarse algun espectáculo de interés no ordinario.

Parado á la puerta de una de las mas humildes hosterías se hallaba el posadero ojeando á los que pasaban, cuando vió llegarse á él un viajero de aspecto no comun, visiblemente jóven y vigoroso y vestido en completa armadura de piés á cabeza. No llevaba yelmo sin embargo; pero en su lugar tenia una especie de gorra con un plumero formado de tres plumas negras de avestruz, que le caian con gracia sobre el hombro izquierdo; y era de notar, en aquella época de ostentoso lujo, que esta gorra de seda pardo-oscuro era el único objeto de color que se descubria en toda su vestidura.

La armadura, aunque de acero, no estaba esmeradamente pulida y adornada de oro segun la costumbre del tiempo; sino cubierta de un charol negro que no reflejaba los rayos del sol. El yelmo, que pendia del arzon de la silla, era negro tambien, y no tenia penacho ni divisa por donde pudiera venir en conocimiento de sus títulos: y negro era, por último, el caballo en que cabalgaba, cuyos arreos tenian por todo adorno cruces negras de metal.

— ¿Tiene Vd. alojamiento, preguntó cortésmente al posadero, como para mí y mi escudero y tres hombres mas que me siguen con mis caballos de carga?

— Mas que suficiente, caballero, contestó aquel con gran regocijo; hay poca demanda en la actualidad, y teneis la casa entera á vuestra disposicion.

— Que me place; prefiero estar solo por ahora, y tomo toda la casa.

Y diciendo esto se apeó con la pesadez de quien se siente fatigado de un largo viaje, á tiempo que llegaban á incorporarse el escudero y otros dos criados.

Estos se hicieron cargo de la cabalgadura, y el escudero, llevando respetuosamente el escudo y la lanza de su señor, sin divisa y negro como el resto de su atavío, lo siguió al aposento adonde los condujo el posadero, y le quitó de encima pieza por pieza la armadura.

— Parece que hay alguna conmocion en este buen vecindario, dijo con aparente indiferencia el caballero al posadero, ¿qué significa esa alegre muchedumbre que llena las calles?

— ¡Pues qué, señor! ¿No sabeis que hoy es el dia del combate judicial? Pensé que tan ilustre señor vendria á tomar parte en él.

— Nada de eso: acabo de llegar de un viaje é ignoro completamente lo que pasa en la córte imperial; y ¿á qué juicio se contrae ese combate?

— Es muy sencillo el asunto, aunque de mucha importancia: el conde de Módena...

Al oír este nombre hizo un ademán el caballero como si hubiese recibido un golpe, y con voz imperiosa preguntó al posadero:

— ¿Qué decís del conde de Módena, y qué tiene él que ver con esto?

— Digo, señor, respondió turbado y balbuciente el posadero, que el conde de Módena es quien ha provocado el desafío.

— Referid lo que sepais: no sabia que S. A., que es un buen amigo mio, tuviese causa de querrela con nadie en el mundo. ¿Por qué y con quién tiene que combatir?

La explicacion del posadero fué en sustancia la siguiente:

— Un año antes, poco mas ó menos, habia convidado el emperador Oton al conde de Módena á su córte confiriéndole altos honores. Aunque el conde estaba recién casado con una mujer á quien amaba tiernamente, se sospechaba que María de Aragon, la emperatriz, que habia concebido una pasión secreta por él, habia sugerido la idea del combate y de las otras distinciones. Lo cierto es que en la emperatriz se notaba un cambio; y pocos dias antes habia causado general asombro, solicitando una audiencia pública de su esposo, en la cual, presente toda la córte, acusó resueltamente al conde de Módena de haber interpretado mal sus favores hasta el punto de hacerse reo de lesa majestad y traicion solicitando de ella el sacrificio de su honor. No faltaron medios á la emperatriz para dar color de verdad á la acusacion, y el emperador furioso llamó al conde á su

presencia, el cual negó con dignidad, y arrojando el guante, pidió el juicio del duelo; y como no hubiese testigos por una ni otra parte, no era dado negárselo, y tuvo Oton que permitir el duelo, si bien contra su gusto, porque amaba á su esposa con extremo. Eligió María por campeón suyo á Rodolfo, baron de Arnheim, fuerte y hábil guerrero cual ninguno en la córte del emperador. Hoy es el dia señalado para el combate, dijo por conclusion el posadero, y se teme que el conde, que es muy querido del pueblo, no pueda resistir á su poderoso adversario, porque hace dias que se hallaba enfermo.

— Ve, mi fiel Ernesto, á presenciarse ese juicio terrible, dijo el caballero á su escudero luego que el posadero los dejó solos; mucho temo que el conde, á pesar de la justicia, que doy por cierta, de su causa, salga mal de manos del jactancioso Arnheim, á quien conozco bien. La diabólica María de Aragon, añadió con amargura, debe escoger un campeón que haga segura su causa. ¡Pero que tenga cuidado, porque si le sucede algo al conde, *tendrá que habérselas conmigo!* Ve, Ernesto, y tráeme luego noticia del resultado, y no olvides que todavía no es tiempo de que sepa nadie que estoy aquí. ¡Pobre, pobre condesa! exclamó cuando salió el escudero de su aposento.

II.

Magnífico era el espectáculo que se ofrecia á la vista en lo interior del castillo imperial en que tenia Oton su residencia; adornado por todos lados de banderas y cortinas de damasco con el gran escudo de armas del emperador sobre la puerta de entrada, y una especie de trono de terciopelo del lado opuesto, rodeado de otros asientos mas pequeños que indicaban la concurrencia de la córte á la solemnidad que se preparaba.

Para la nobleza de ambos sexos, estaban destinados los balcones á todo el rededor del patio, y los corredores bajos para la clase comun; y con excepcion de los asientos destinados para el emperador, la emperatriz y su séquito, estaba todo ocupado por una multitud de personas llenas de ansiosa expectativa, cuando á eso de las once de la mañana llegó al lugar el escudero de nuestro desconocido caballero.

Pero el punto principal de atraccion y que primero cautivó su vista era la liza, formada en el centro del patio y compuesta de un fuerte cercado de madera, que comprendia un espacio de cincuenta varas de largo y la mitad de ancho, vestido de color carmesí, y en que á trechos iguales se veian lanzas erguidas con pendones de diversos colores.

A cada cabecera del palenque habia una puerta y cerca de ella un hermoso pabellon de seda: sobre el uno ondeaba una alegre bandera en que se veian bordadas las armas y la divisa del conde de Módena, promovedor del duelo, y sobre el otro una bandera semejante con la divisa del campeón de la emperatriz, el temido Rodolfo de Arnheim. Por delante de cada pabellon se paseaba un lucido corcel guardado por los respectivos palafreneros adictos de los campeones, pero estos se mantenian dentro de sus tiendas aguardando la hora y señal del combate.

En medio de toda esta brillante ostentacion de oro y pedrería, y cortinas y banderas, se descubria en repugnante contraste un objeto siniestro, cual era un cadalso vestido de negro, situado precisamente debajo del trono, y sobre el cual se veian el tajo y el hacha, á cuyo lado, inmóvil como una estatua y enmascarado, estaba de pié el verdugo vestido de color rojo. El piso estaba cubierto de serrín, y sobre aquel tajo iba á caer la cabeza del conde de Módena ó la de María de Aragon.

Con rostro pálido y semblante cuidadoso se presentó el emperador y ocupó su asiento: tras él la emperatriz, que no se sentó, porque estando indecisa su causa, no podia usar de las preeminencias de su rango en presencia de su señor. Estaba pálida, pero altanera y arrogante, y deslumbradora en su hermosura; pero de sus negros ojos lanzaba relámpagos siniestros á los que miraba como enemigos.

Alzó Oton la mano derecha, sonó una trompeta, y al punto se presentó en medio de la liza un heraldo que en medio de un profundo silencio leyó una proclamacion, y á los pocos instantes se presentó en la liza el conde de Módena armado de piés á cabeza y cubierto de una cota de malla de oro.

Marcial de todo punto era su talante; pero ¡ay! al montar en su bridon se echó de ver el efecto de su padecimiento: en vez de ponerse de un salto en la silla, como solia, tuvieron sus escuderos que ayudarlo á subir á ella; y un murmullo de compasion recorrió la multitud que pensaba en su colosal adversario.

Una vez sentado en la silla parecia vuelto en sí, y abrazando escudo y lanza atravesó la liza el bizarro caballero, y yendo en derechura al pabellon de su contrario, tocó con la punta de su lanza el escudo de Rodolfo que pendia sobre la barrera, hecho lo cual se volvió sobre sus pasos y se quedó inmóvil delante de la puerta de su tienda.

Pronto al llamamiento se presentó el baron de Arnheim, llevando los colores de la emperatriz María como su campeón; y poniéndose á caballo sin tocar el estribo, y recibiendo su lanza y su escudo de manos de sus escuderos, tomó su puesto en oposicion á su antagonista.

Dióse la señal, y poniendo lanza en ristre, se embis-

tieron furiosamente ambos combatientes con igual espíritu. Rodolfo se movió apenas en la silla; pero el desdichado conde de Módena fué sacado de la suya y cayendo de espaldas, dió con el cuerpo en tierra. Apeándose al punto el campeón de la emperatriz, corrió hacia él desenvainando su espada, y poniéndole la punta al cuello, le preguntó en voz alta:

— ¿Te rindes?

A lo cual nada pudo contestar el caballero vencido, que estaba sin conocimiento á los piés del vencedor.

No era menester mas; el cielo habia hablado, y resultando el combate desfavorable al desafiador, no habia necesidad de mas prueba, segun las leyes de las armas.

El emperador dispuso que el traidor fuese conducido al cadalso, y todavía en estado de completa insensibilidad, le fué descubierta la cabeza y quitada la gola, y á un golpe del hacha del verdugo, quedó Alfonso de Módena contado en el número de los muertos.

Y de lo interior de su pabellon salió un grito de dolor mortal de la desamparada viuda; y María de Aragon, sonriéndose con aire altanero de triunfo, pero tan descolorida como la cabeza de su víctima, salió del circo apoyada del brazo del emperador.

Tales fueron las noticias que llevó Ernesto á su señor, el cual, vestido en traje negro, y con el rostro oculto bajo una media careta, entraba, ya cerrada la noche, por el portal de la mansion de la condesa viuda de Módena.

III.

Pocos dias despues del combate fatal, estaba Oton sentado en su trono, en el salon regio del castillo, consultando con la nobleza allí reunida, asuntos graves del Estado.

Serios estaban todos los semblantes, y el del emperador disgustado y cuidadoso, porque en aquella misma mañana habia recibido un memorial de la condesa viuda solicitando audiencia para pedirle justicia y reparacion de un agravio terrible; solicitud que no podia negar, atendidos los privilegios de nobleza de la condesa y las poderosas recomendaciones que la acompañaban.

Con el fin de recibir á la condesa estaba reunido aquel consejo, y no tardó en presentarse la enlutada viuda, llevando á su lado, tambien vestido de negro y con media careta puesta, á nuestro desconocido caballero, en cuyo porte era fácil echar de ver que su derecho á presentarse en aquel lugar era tan sagrado como el de cualquiera de los barones presentes.

Llegados al pié del trono, se arrodillaron ambos y el emperador dijo:

— María, condesa de Módena, ¿qué teneis que pedir á César?

Oído esto, se pusieron en pié ambos suplicantes, y tomando el caballero de mano de dos criados que los seguian una cajita de oro que llevaban, la puso en las gradas del trono.

Todas las miradas se dirigieron con gran curiosidad al cofrecito, y mas ansiosa que ninguna la del emperador, el cual se salió casi de su asiento, con la sorpresa y el horror al levantarse la tapa y ver allí la cabeza ensangrentada del conde de Módena.

— Me habeis preguntado ¡oh César! qué tengo que pedir, dijo la condesa con labios trémulos y señalando la cabeza de su marido; ¡mirad! y la conciencia os responderá. ¡Pido venganza, César, venganza de un crimen horrendo!

— ¿Contra quién? exclamó Oton temblando é intimidado.

— Contra vos mismo ¡oh César! respondió la condesa rebotando en dignidad; contra vos por haber sancionado una horrible maldad. Habeis dado la muerte al hombre mas inocente por la sola palabra de una mujer malvada, igualmente traidora á su sexo y á vos, y porque, debilitado por su mala salud, no pudo combatir con el gigante á quien ella escogió por campeón; habeis asesinado á un vasallo leal y fiel, y os habeis manchado con sangre inocente.

— Apurais mi paciencia, gritó furioso el emperador; ¿qué intentais? ¿teneis pruebas de su inocencia para osar hablarnos de esa suerte delante de nuestro mismo trono?

(Se concluirá.)

Correspondencia de Argelia.

En el momento en que tanto se habla en Francia del conflicto que ha sobrevenido entre el mariscal MacMahon, gobernador general de la Argelia y Monseñor de Lavignerie, arzobispo de Argel, acerca del asilo dado por este prelado á las víctimas del hambre terrible que diezma á la poblacion indígena de la desdichada colonia, creo interesantes los siguientes datos sobre los establecimientos fundados por Monseñor Lavignerie.

La Casa de Huérfanos establecida en Ben-Aknun á 16 kilómetros de Argel, en una situacion pintoresca y en un lugar sumamente sano, comprende además del establecimiento central, del que envío una fotogra-

fía, una casa de trabajo, rodeada de vastos terrenos, donde los muchachos se ejercitan en todas las tareas del cultivo.

Una parte de estos terrenos está ocupada por el campamento, cuya vista mando también, vista tomada durante una visita hecha al campamento por el señor arzobispo.

El hospital, instalado en tiendas bien ventiladas, donde los chicos enfermos están al cuidado de los hermanos de la doctrina cristiana, de los zuaivos y de varios facultativos, forma una división distinta de este campamento.

En el convento del Buen Pastor, cerca de El-Biar, á nueve kilómetros de Argel, se halla el asilo destinado á las viudas y á las mujeres repudiadas. Aquí como en Ben-Aknun, se han levantado tiendas para recoger á esas desdichadas, que son demasiado numerosas para que puedan tener cabida en los edificios del convento.

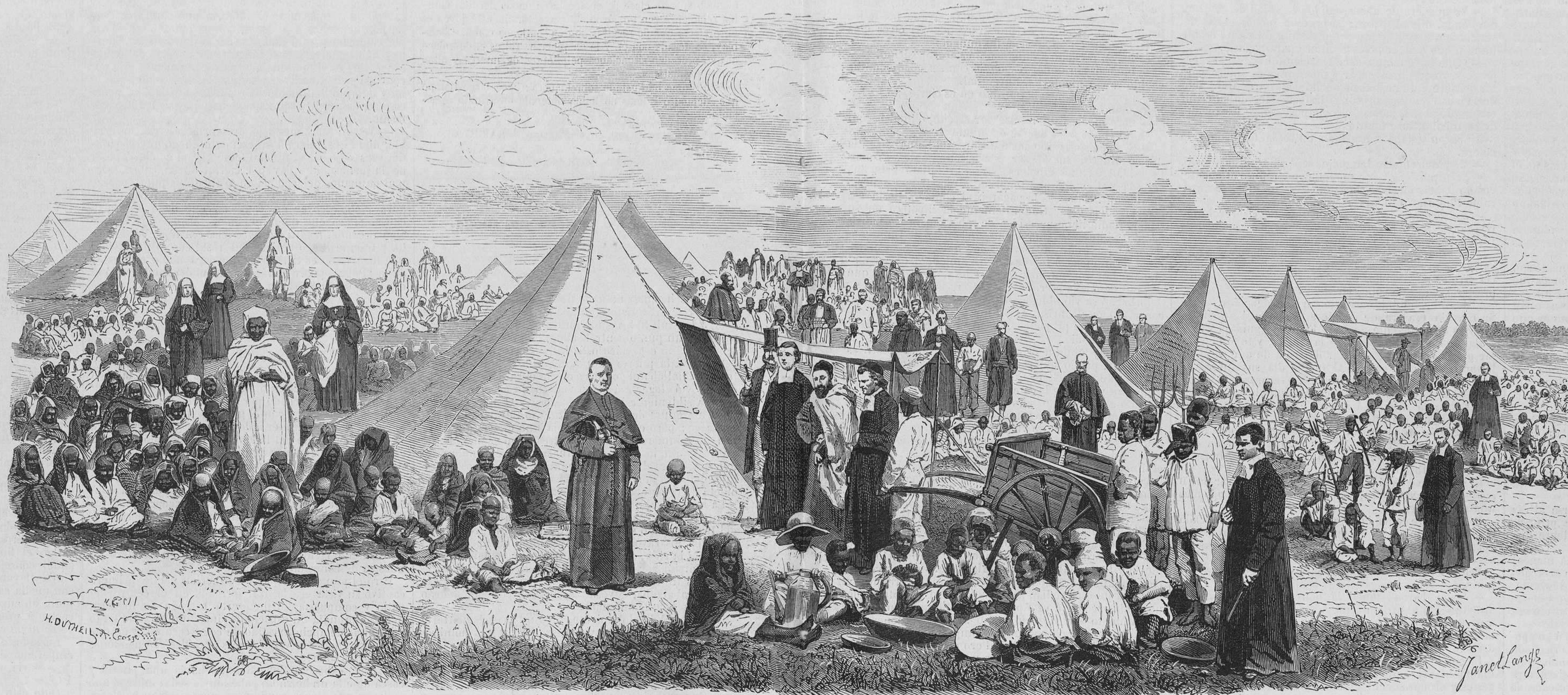
Cerca de 1,200 chicos y 200 mujeres reciben así socorros diarios y aprenden las faenas campestres. ¿No es este un buen resultado y no debe aplaudirse la generosa é inteligente iniciativa á que se debe?

Sin embargo ¿qué hace la autoridad militar, qué hacen las oficinas árabes? Reparten los viveres comprados con los dos millones votados por el Cuerpo legislativo.

Empero ¿qué son dos millones cuando se trata de socorrer á 200,000 hambrientos, que son, sino una limosna estéril que no hará mas que prolongar un instante la agonía de esos desdichados?

Cuando una población entera se muere de hambre, cuando ha llegado á las horribles escenas de carnavalismo que todos saben, lo mas urgente es darla pan. Monseñor Lavigerie ha organizado la caridad; al moralizarla mediante el trabajo, ha hecho su acción fecunda y duradera, y bajo este concepto tiene derecho á la gratitud y bendiciones de todos aquellos á quienes interesa la gran causa que domina todos los sistemas y doctrinas, la causa de la humanidad.

A. P.



ARGELIA. — Refugio de huérfanos fundado por Monseñor de Lavigerie, arzobispo de Argel. — Campamento del refugio en Ben-Aknun.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— A esta misma hora, contestó una voz hueca como la de un viejo.

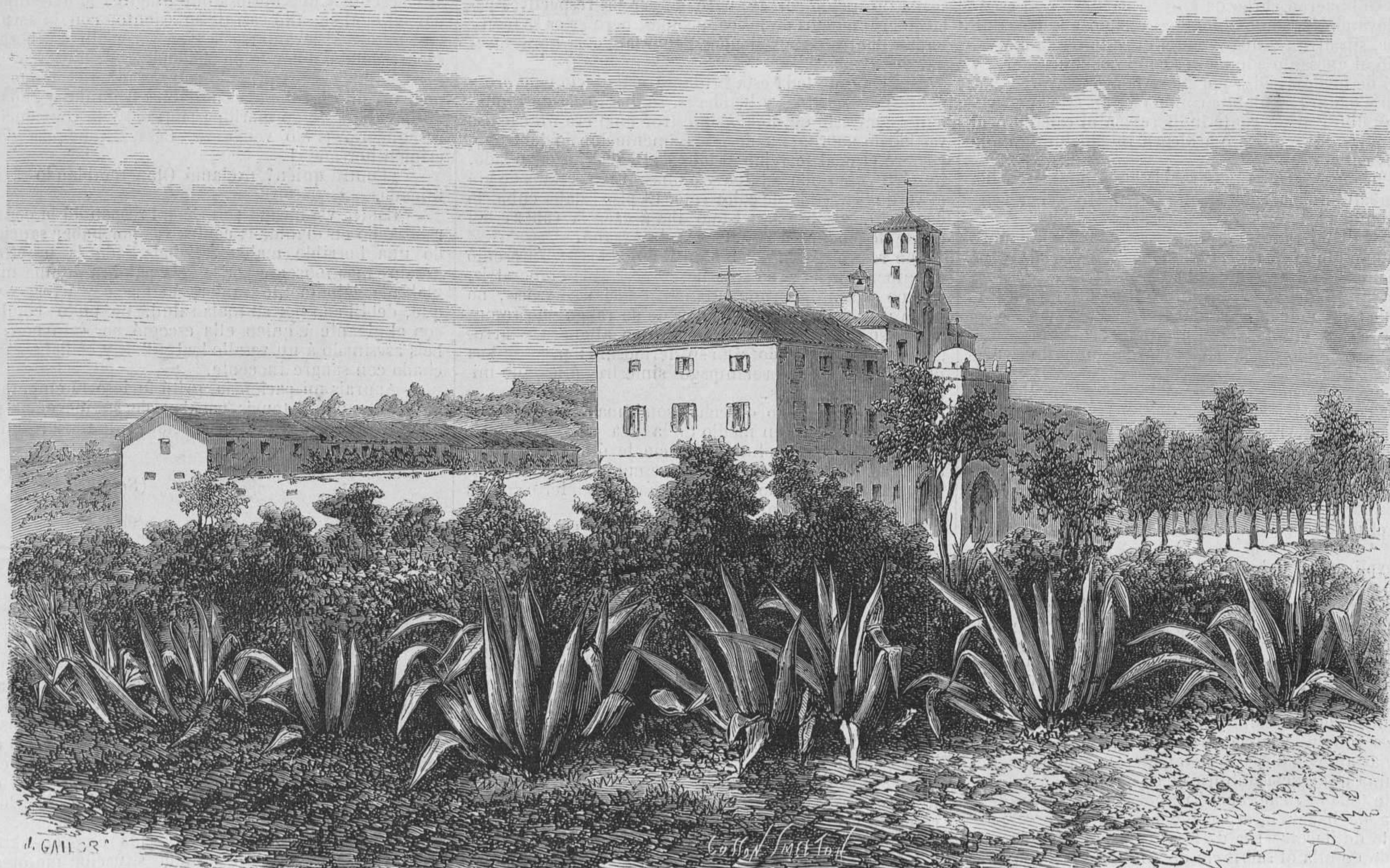
Inclinando de nuevo la cabeza, Pinkus se retiró y el baron volvió al gabinete con paso vacilante. Su cabeza cayó hácia atrás apoyada en el respaldo de un sofá; pensaba consternado en lo que iba á suceder. Leonor se arrodilló á su lado, le cogió la cabeza y la apoyó en su hombro, y le prodigó los nombres mas tiernos, suplicándole que le contestara á lo menos una palabra: su padre no veía ni oía nada, solo sentía en su interior una cosa que como un martillo le pegaba mas fuerte y mas vivo cada vez.

Los cristales de brillantes colores que hasta ahora habia tenido ante sus ojos se rompian en mil pedazos y representaban la horrible verdad. Estaba arruinado. Permaneció así hasta muy tarde abismado en sus reflexiones. Al fin su hija le decidió á beber un poco de vino y le propuso que se volvieran al campo.

— Sí, marchemos de aquí, vámonos á respirar los aires del campo.

Partieron. Cuando pasaron por delante de los árboles que habia á los lados del camino, y el aire fresco bañó su rostro, su alma recobró un tanto de su antigua elasticidad. Esta noche y todo el día siguiente tenia de respiro. Durante este tiempo debia encontrar algun recurso para salir de su adictiva situación. No era este el primer contratiempo que experimentaba, y debia pensar ahora que tampoco seria el último.

Habia suscrito aquella letra de cambio, que primero no era mas que de siete mil y algunos centenares de escudos, porque el bribon que hoy día exigía el reembolso, habia ido á encontrarle y á ofrecerle



Refugio de Ben-Aknun. — Establecimiento central.



Asilo de las viudas y de las mujeres repudiadas cerca de El Biar.

dinero hacia algunos años, y obligándole en cierta manera á admitirlo, exigiéndole al principio un interés muy bajo. Lleno de confianza en el éxito de su empresa, lo había aceptado.

Durante algunas semanas había dejado aquel capital en la inacción, luego usó de él, y poco á poco el acreedor fué elevando el interés y aumentando sus pretensiones hasta llegar á exigir una letra de cambio y exorbitantes intereses. Ahora el infame perseguía implacablemente á su deudor. Tal vez hacia como la rata, que previendo el naufragio de un buque procura ponerse en salvo.

El baron reía tan alto que hizo estremecer á Leonor, pero no era hombre que se entregara con las manos atadas y sin resistencia á un ladrón que había meditado su ruina. Confaba que el silencio de la noche sería buen consejero y que al día siguiente podría adoptar alguna resolución que le sacara adelante. Ehrental no podía abandonarle.

Sentía la necesidad de dominarse, y puesto sobre sí procuró entablar conversación con su hija sobre cosas indiferentes:

— Los negocios que me ocupan en este momento son desagradables, dijo, y esas continuas reclamaciones que caen sobre mí una tras otra, han alterado algo mi salud. Esto se pasará, hija mía; todas las empresas están sujetas á crisis de esta naturaleza. Lo que deseo es que la fábrica marche, y habremos andado ya lo peor del camino.

Cuando llegaron al castillo había ya anochecido. El baron corrió á su aposento y se metió en la cama, sabiendo que aquello no era mas que una ficción para despedir al criado. Era esta otra noche en que no debía pegar los ojos.

En lo alto del campanario del pueblo el reló daba las horas una despues de otra, el baron contaba cada campanada; y despues de cada hora pasada en el mas completo insomnio, su sangre hervía con mayor fuerza en las venas y su angustia iba en aumento. ¿Dónde encontrar el ánclora de salvación? No veía para él otra que el apoyo de Ehrental.

Toda la repugnancia que sentía á presentarse al día siguiente para suplicar á este hombre que le prestara su auxilio, se desvaneció con el sudor de la fiebre que inundaba su frente.

De este modo pasó la noche torciéndose las manos; cuando el sueño, hijo pacífico de la noche, se acercaba á su cama, el negro espectro de la angustia se levantaba al lado de su cabeza y rechazaba con gesto amenazador al benéfico genio. Cerca de la madrugada era cuando perdió el sentimiento de su miseria.

Discordantes sonidos llegaron desde el patio á su aposento y le despertaron. Los operarios de la fábrica con una música á la cabeza, fueron á colocarse debajo de su ventana y á darle una alborada. En cualquiera otra circunstancia esta prueba de afecto le hubiera causado placer, hoy no oía mas que los sonidos agudos que le hacían daño.

Se vistió apresuradamente y bajó al patio.

La fábrica estaba adornada con flores; los obreros colocados en hilera delante de la puerta le recibieron con ardientes aclamaciones. El baron se vió obligado á tomar la palabra y decir á todas aquellas buenas gentes que este día le llenaba de gozo y esperanza, y mientras hablaba sentía que sus palabras y sus pensamientos no estaban en consonancia y que su valor se debilitaba.

Hizo enganchar y partió de nuevo para la ciudad sin abrazar á su esposa ni á su hija. A poco tiempo se encontró en casa de Ehrental y llamó á la puerta del escritorio; esta estaba todavía cerrada; el criado subió á avisar al agente que se estaba desayunando.

Ehrental, sorprendido de la visita tan extemporánea del baron, se presentó sin tomarse la pena de cambiar su vieja bata. El baron expuso su demanda con toda la sangre fría que era posible al que había pasado una noche en vela. Ehrental se entregó á la mayor desesperación.

— ¡Ese Pinkus, exclamó repetidas veces, ha osado prestaros dinero mediante una letra de cambio pagadera á su orden! ¿Cómo ha podido prestaros una suma tan crecida? Ese hombre no tiene diez mil escudos; es un miserable agente sin recursos.

El baron confesó que la suma era al principio mucho menor, pero esta confesion no hizo mas que aumentar la irritación de Ehrental.

— ¡De siete á diez! gritaba corriendo desaforadamente por el aposento, de manera que hacia volar las faldas de su bata al rededor de sí como las alas de un buho. ¡Ha ganado en este negocio cerca de tres mil escudos! Nunca he tenido gran confianza en Pinkus; ahora ya sé de lo que es capaz. Es un soplón, un hombre que come á dos carrillos. De seguro que no es él quien ha dado los siete mil escudos. No ha sido mas que el hombre de paja. Todo su capital no llega á esa suma.

La fuerte indignación de Ehrental lanzó un rayo de alegría en el ánimo del baron. ¿Cuántas veces él mismo había formado también fácilmente un mal concepto del agente de negocios!

— Yo también, dijo, tengo motivos para creer que Pinkus es un hombre peligroso.

Pero este asentimiento dado por el baron se volvió contra él y la cólera de Ehrental descargaba ahora contra su desgraciado cliente.

— ¿Qué me importa ese Pinkus? Ha obrado como debía hacerlo un hombre de su clase. Pero vos, un hidalgo, ¿cómo habeis podido portaros de ese modo conmigo? Con perjuicio mio habeis tratado con otro agente, y le habeis hecho ganar en poco tiempo tres sobre siete,

y eso con una letra de cambio. ¿Sabeis lo que es una letra de cambio?

— Yo quisiera no haber tenido necesidad de contraer esa deuda, dijo el baron; pero como hoy es el día del vencimiento, y ese hombre no admite dilación, es necesario que busquemos ese dinero para pagarlo.

— ¿Que busquemos, decís? exclamó Ehrental fuera de sí. A vos os toca pagar y procuraros el dinero para un hombre á quien habeis hecho ganar tres mil escudos. Puesto que no me consultásteis antes de suscribir esa letra, no me consulteis tampoco sobre los medios de reembolsar su importe.

El baron estaba batallando entre la angustia y la cólera.

— Moderad vuestro lenguaje, señor Ehrental, gritó.

— ¿En qué tengo que moderarme? repuso el agente; vos no habeis mostrado mas moderación que ese miserable Pinkus. Yo tomaré ejemplo de los dos.

— Volveré, dijo el baron, cuando hayais recobrado respecto á mí el tono que tengo derecho á reclamar de vos en todos estados y circunstancias.

— Si esperais que os dé dinero, señor baron, no volvais, dijo el agente. No tengo dinero para vos; preferiria arrojar mis escudos en medio de la calle antes que prestaros uno solo sobre vuestras fincas.

El baron salió del escritorio sin desplegar los labios. Su miseria era grande viéndose obligado á sufrir las injurias de un agente grosero. Fué en seguida á visitar á alguno de sus conocidos de la ciudad, y tuvo que pasar por la vergüenza de pedir dinero y de que se lo rehusaran en todas partes. Al medio día sus fuerzas se habían agotado. Regresó á su casa y se preguntó si volveria todavía otra vez á casa de Ehrental, ó si rehusaria el pago de la letra, á causa de los intereses usurarios que le habían exigido.

De repente se deslizó en su casa el hombre que hasta aquí había envuelto de lejos la vida del baron en una vasta red, el futuro propietario de las tierras y heredero de los Rothsattel.

El baron se quedó admirado cuando vió entrar en su aposento un extranjero, á quien había visto todo lo mas una ó dos veces.

Este hombre tenia la cara larga y delgada, rodeada de cabellos rojos; su mirada era astuta y circuió su boca una línea grotesca como se ve en las máscaras de carnaval.

Veitel se inclinó profundamente y habló en estos términos:

— Señor baron, tened la bondad de dispensar mi atrevimiento al presentarme á vos de parte de M. Pinkus. Me ha encargado la cobranza de la letra de cambio. Yo queria preguntaros muy humildemente si tendreis la bondad de entregarme ese dinero.

La sombría gravedad del baron se disipó por un momento al ver aquella delgada figura doblarse, hacer gestos y procurar eclipsarse enteramente con las corvetas mas exageradas.

— ¿Quién sois? preguntó con la imponente apostura de un gran señor.

— Si el señor baron no manda lo contrario, me llamo Veitel Itzig.

El baron tembló de horror cuando oyó el nombre de Itzig. Este era el hombre contra el cual se le había prevenido, ese enemigo invisible é implacable. La angustia, oprimiéndole el corazón, casi le ahogaba.

— Hasta ahora he sido tenedor de libros en casa de Ehrental, continuó Itzig con modestia. Pero Ehrental quiere hacer demasiado el grande. Yo heredé una pequeña fortuna que empleé en casa de Pinkus y ahora deseo establecerme.

— Yo no os puedo dar dinero en este momento, contestó el baron mas calmado.

Le parecia imposible que aquella miserable figura fuera un adversario tan temible.

— Está muy bien, dijo Veitel. Es para mí un honor oír de boca del señor baron que se dignará pagarme esta tarde. Tengo tiempo. Puego aguardar.

Al pronunciar estas palabras sacó del bolsillo del chaleco un reló de plata.

— Aguadraré hasta la tarde. Y para no incomodar al señor baron volviendo á una hora en que le moleste ó bien que no esté en casa, me tomaré la libertad de instalarme en la escalera. Puedo estar de pié, añadió, como si quisiera rehusar anticipadamente la invitación de sentarse en los escalones. Aguadraré fácilmente hasta las cinco de la tarde. El señor baron no tiene ninguna necesidad de molestarse por mí.

A través de esa disimulada atención, Veitel dejaba traslucir cierto aire de ironía. El baron sintió nuevamente oprimido su corazón por un enorme peso. Veitel, haciendo muchas reverencias y genuflexiones, se retiró andando hacia atrás como un cangrejo. En este momento el baron le llamó. Itzig se detuvo encorvado, como encadenado por un mágico poder. Tenia entonces el aire de un hombre débil y extravagante. El aviso que le daba Antonio en su carta imputaba al pobre tenedor de libros un complot que tal vez había sido tramado por el mismo Ehrental. En todo caso, una transacción con este hombre era mucho mas fácil que con cualquiera otro.

— ¿Podeis indicarme, dijo el baron con una emoción que pudo difícilmente reprimir, cómo puedo satisfacer vuestra demanda sin pagaros hoy ni en algunos días esa suma?

Los ojos de Veitel brillaron como los de un ave de rapiña; pero mientras fingía reflexionar movía la cabeza y se encogía de hombros.

— Señor baron, dijo al fin, tal vez habria un medio,

el único y último. Teneis una hipoteca de veinte mil escudos sobre vuestras fincas, que os pertenece en propiedad y que está depositada en el escritorio de Ehrental. Yo procuraré resolver á Pinkus á que no retire los diez mil escudos y os procuraré además otros diez mil, si cedeis esa hipoteca á mi amigo.

El baron escuchó atentamente esta proposición.

— Ignorais sin duda, respondió con seriedad, que he cedido ya esa hipoteca á Ehrental.

— Perdonad, señor baron, eso no es cierto, no ha habido cesión judicial.

— Pero media compromiso por escrito, dijo el baron.

Veitel volvió á encogerse de hombros.

— Si habeis ofrecido darle á Ehrental una garantía por su dinero, ¿ha de ser esta precisamente? ¿Teneis necesidad de una hipoteca para Ehrental? Este año retirareis el capital que teneis empleado en el señorío de Rosmin. Entonces le pagareis al contado. Hasta esa época podeis dejar tranquilamente la hipoteca en su poder. Nadie tiene necesidad de saber que nos la habeis cedido. Si quereis tener la insigne bondad de venir conmigo á casa de un notario y ceder, ante ese depositario de la fe pública, la hipoteca á mi amigo, yo os proporcionaré hoy mismo diez mil escudos, y el día en que nos entregueis la escritura, os pagaré la diferencia.

El baron se vió obligado á escuchar esta proposición con una ligera sonrisa. Al fin dijo resueltamente:

— Lo que me proponeis no puedo aceptarlo; pensad algun otro medio.

— No hay ningun otro, dijo Veitel; pero ahora es medio día, puedo aguardar todavía hasta las cinco.

Hizo nuevamente sus extravagantes cortesías y se dirigió otra vez hacia la puerta.

— Lo que necesitais ahora, señor baron, dijo seriamente, no son solo diez mil escudos; necesitareis otro tanto para el sosten de vuestra fábrica en los meses siguientes y para salvar vuestro capital colocado sobre el señorío de Polonia. Si me cedeis la hipoteca, tendreis el dinero que necesitéis. Todavía tengo otra súplica que haceros, señor baron, y es que no digais una palabra á Ehrental de nuestra transacción; es un hombre duro, y me tendria ojeriza perjudicándome para toda mi vida.

— No os inquieteis por eso, dijo el baron despidiendo con la mano á Veitel, que se retiró.

El baron se paseó agitado por la habitación. Lo que aquel hombre tan reverencioso le había propuesto conmovía y trastornaba toda su existencia. Sí, su aceptación significa para él verse libre del apuro presente y de todos los que podían sobrevenir. Pero por otro lado no podía acceder á esta proposición. El que hacia este ofrecimiento era ridículo, y no se le podía tener por ello mala voluntad, porque no comprendía bastante la trascendencia de su palabras. Pero el baron tenia comprometida su palabra de honor y no podía de ninguna manera pensar en este negocio.

Y sin embargo arriesgaba muy poco. Los compromisos quedaban en manos de Ehrental hasta que el baron hubiera cobrado el dinero que tenia colocado sobre la finca polaca. Pagando en seguida y al contado á Ehrental, rescataba sus títulos. Nadie debía tener conocimiento de este negocio, y á mal andar, constituiria una nueva hipoteca sobre su propiedad en favor de Ehrental, á quien concederia además una compensación para indemnizarle.

El baron se esforzó por rechazar este pensamiento, pero siempre volvía á ocupar su imaginación. Dió la una y luego las dos; tiró de la campanilla y mandó enganchar. Preguntó de paso si el extranjero había salido de la casa. El coche estaba delante de la puerta y el extranjero al pié de la escalera.

El baron bajó los escalones sin mirar á Veitel y subió al coche. El lacayo estaba á la portezuela con el sombrero en la mano y preguntó á dónde debía dirigirse el carruaje; el baron se apercibió de que ni él mismo lo sabia. Al fin dijo:

— A casa de Ehrental.

Entre tanto este había pasado una mañana muy agitada. La audaz usurpación de sus derechos por un tercero hizo nacer en él la sospecha de que tenia un rival oculto, que lo mismo que él fijaba sus miras en la propiedad del baron. Mandó llamar á Pinkus, y al presentarse este le abrumó con sus quejas, y procuró averiguar por todos medios, quién le había facilitado los fondos. Pinkus le opuso cara de cobre y se limitó á contestarle groseramente. Ehrental hizo luego que buscaran á Veitel, pero no se le encontró en ninguna parte.

Estaba pues de un humor insoportable cuando el baron se presentó de nuevo para hablarle. Ehrental sabia perfectamente que sin esta nueva deuda, el hidalgo debía perder forzosamente su propiedad al cabo de algunos años, y le llamaba loco por haberse creado aquella nueva dificultad tan inútilmente.

Tuvo lugar todavía una escena violenta; el baron salió exasperado del despacho del agente, y subió al coche resuelto á hacer una última tentativa cerca de un antiguo camarada que gozaba de una gran fortuna.

Las cuatro acababan de dar, cuando volvió á su casa viendo frustrada su última esperanza. En el tramo de la escalera estaba apoyada una persona alta y delgada que se inclinó profundamente ante el baron, permaneciendo siempre en el mismo sitio. Abatido por tantos pasos inútiles, M. de Rothsattel se sentó como la vispera en un extremo del sofá con la cabeza inclinada hacia el suelo. Había llegado á estar íntimamente convencido, que no le quedaba otro recurso que el que le había ofrecido el genio maléfico que estaba arrimado al pilar de la escalera.

Impasible y entregado á una profunda apatía se aban-

donó á su destino sin levantar los ojos encima del tapiz, oyendo dar el cuarto, la media hora, los tres cuartos. Cada minuto que trascurría le acercaba al momento fatal. Al fin dieron las cinco. Apenas había cesado de vibrar la última campanada del reloj, resonó en la antecámara el sonido de la campanilla.

Habiéndose levantado el baron, se abrió la puerta y se presentó Itzig con dos papeles en la mano.

— Yo no puedo pagar, le gritó el baron con voz ronca.

Itzig se inclinó de nuevo y le presentó un documento.

— El baron tomó su sombrero y dijo al forastero sin mirarle:

— Vamos á casa de un notario.

Era ya de noche cuando el baron regresó al castillo de sus padres. La luna reflejaba su pálida claridad sobre los torreoncillos y las paredes, el agua del estanque parecía negra como la pez. Las columnas que sostenían el edificio aparecían igualmente negras. Tan sombría como el parque y el edificio estaba la fisonomía del baron, que recogido sobre sí mismo en el fondo del carruaje apretaba los labios como un hombre que, después de una larga lucha, acaba por adoptar una resolución desesperada.

Entregado á un melancólico abatimiento, miraba el agua, las paredes de su castillo y la débil claridad de la luna que daba en el tejado. No obstante, se alegraba de que no brillara el sol y que no tuviera que contemplar ni por un momento la morada de sus antepasados alumbrada por el astro del día. Se esforzaba en dirigir sus pensamientos hácia el porvenir, que se le presentaba entonces mas seguro y feliz. Calculaba todos los beneficios que le produciría su fábrica, pensaba en la época en que su hijo habitaria el castillo, dueño de una fortuna sólida, sin experimentar, como él, los cuidados y las tribulaciones sin cuento que habían encanecido su cabello prematuramente.

Muchas cosas ocupaban su imaginación, pero hasta los pensamientos que con frecuencia habían hecho latir su corazón de placer habían llegado á serle indiferentes y le costaba mucho trabajo fijarse en ellos.

Bajó del coche, y llevó lo primero la mano á su cartera bien provista, antes de ofrecérsela á la baronesa y antes de saludar á Leonor con un movimiento de cabeza que debía calmar la inquietud de su familia.

Dirigió afectuosamente la palabra á una y á otra, se excedió á sí mismo chanceándose sobre los disgustos que había experimentado durante el día; pero á pesar de todo parecía que algún objeto se había interpuesto entre él y las personas que hasta entonces le habían sido tan queridas en el mundo. En este momento también le parecían extrañas.

Cuando se apoyaban en él y le cogían la mano, un ligero movimiento convulsivo le impelia á retirarla; cuando su esposa le contemplaba con ternura, había ahora, en la mirada de la que había sido en los mas graves pesares su bálsamo consolador, una expresión que no podía soportar, viéndose obligado á bajar la vista.

Se dirigió hácia la fábrica, la que los obreros, aguardando el regreso de su amo, habían iluminado con vasos de colores, brillando encima de la puerta su cifra bajo una corona de siete puntas, rodeada de fuegos de bengala. Desvió la vista de este espectáculo; el brillo de esta fiesta le laceraba el corazón.

En derredor suyo reinaba la alegría; los obreros prorumpían en prolongadas aclamaciones y la música del pueblo tocaba piezas de baile. También ejecutó la marcha al compás de la cual había desfilado frecuentemente con su regimiento por delante de su anciano general, que le había mostrado un cariño paternal. Se presentó ante su vista el rostro lleno de cicatrices del veterano militar y sus antiguos camaradas, y recordó también el fallo pronunciado un día por los oficiales de su regimiento contra un desgraciado que había dado impremeditadamente su palabra de honor y no la había cumplido.

Entró en su dormitorio y se sintió mas á su placer cuando estuvo rodeado de las tinieblas de la noche, y no distinguió nada del castillo ni de la fábrica, ni tuvo que arrostrar las encantadoras miradas de su esposa; y aun esta noche oyó desde su cama, de la que había huído el sueño, sonar las horas una tras otra, y á cada campanada se veía obligado á decirse á sí mismo:

— Hay ahora otro oficial del regimiento, que con los cabellos encanecidos, ha hecho absolutamente lo mismo que en otro tiempo obligó á un joven sin juicio á levantarse la tapa de los sesos. Este hombre está acostado en su lecho y no puede conciliar el sueño, porque ha faltado á su palabra de honor.

TERCERA PARTE.

V.

La brisa primaveral soplabla en el monte y en el llano cuando Antonio fué llamado á casa de su principal. Durante el invierno había soportado un trabajo rudo y arrostrado dificultades sin cuento. Se había visto obligado mas de una vez á salir de la ciudad extranjera en que residía para recorrer, á través de la nieve y el hielo, comarcas devastadas por el hielro y el fuego internándose mucho al Este y al Sud, hasta las montañas de la Transilvania y hasta las praderas de los Magyares,

Se habían presentado ante sus ojos tristes espectáculos, castillos y aldeas quemadas, por todas partes ruinas, miserias, hambre y desolación; seres desgraciados faltos de asilo, entregados al furor y á la crueldad de los revoltosos.

— ¿A qué hora debe llegar? preguntó Sabina á su hermano.

— Llegará en el primer tren, dentro de algunas horas.

Sabina se levantó y cogió un manojo de llaves.

— Las doncellas todavía no han acabado; es necesario que vaya yo misma á inspeccionarlo todo. Esta noche cenará con nosotros, Trangot; me parece que es muy regular que nosotras las señoras gocemos un poco de su sociedad.

Su hermano se sonrió.

— Solo te encargo que no le mimes.

— No corre ese riesgo, dijo la parienta. Una vez en su bufete está como en una caja, y después de la hora de comer no hay precisión de verle.

Entre tanto Sabina buscaba entre las riquezas que encerraban los armarios, cargaba á un criado con paquetes de todas clases, y miraba con impaciencia al patio aguardando que los dependientes se trasladaran desde sus habitaciones al escritorio. Al fin se deslizó en el cuarto de Antonio. Dirigió nuevamente una mirada escudriñadora al almohadon que había bordado para él durante su ausencia, y colocó en un jarro de alabastro cuantas flores había podido recoger el jardinero.

Al inclinarse hácia el jarro, las miradas de Sabina se dirigieron á las paredes del aposento, de las cuales pendía todavía el cuadro que Antonio había dibujado á los pocos días de estar en el escritorio, y á la hermosa alfombra con que Fink había cubierto el pavimento.

Por la primera vez después de mucho tiempo sentaba su planta en una habitación que había mirado con respeto mientras la ocupara Fink. ¿Dónde se encontraba este en aquel momento? Le parecía ahora que habían trascurrido muchos años desde su partida, y su recuerdo causaba á Sabina el pesar que se experimenta después de un sueño penoso.

En cuanto al honrado joven que habitaba en el día el aposento, podía decirle francamente cuánta era su amistad por él, y veía acercarse con placer el momento en que pudiera darle las gracias por todos los servicios que había prestado á su hermano.

— Pero ¿qué es esto, Sabina! exclamó su tia que se había detenido estupefacta delante de la puerta.

La tia también se había sentido atraída involuntariamente á la habitación de su compañero en la mesa.

— ¿Qué os pasa? preguntó Sabina.

— A fe mia, que las cortinas que has puesto en las ventanas y en el pabellon de la cama están bordadas, y me parece que la habitación de uno de los dependientes de la casa no merece tanto.

— ¿Y por qué no? dijo Sabina sonriendo.

— ¡Y estas fundas de silla, y estas toallas, esto es inaudito! son tus mejores prendas. ¡Dios mio, qué veo, el cubrecama guarnecido de encaje con vivo de color de rosa!

— Vamos, querida tia, dijo Sabina ruborizándose, el joven que regresa hoy á nuestra casa, bien merece que se le ponga todo lo mejor que encierran nuestros armarios.

Pero la tia continuó moviendo la cabeza:

— Si no lo viera con mis propios ojos, no lo creería jamás. Yo no te entiendo, Sabina. Será necesario poco á poco bajar algunos números sin que él se aperceba, y esto es lo que únicamente me consuela. No, jamás hubiera esperado una cosa semejante.

Juntó las manos y salió del aposento, presa de la mas viva agitación.

Sabina cogió las llaves y corrió al encuentro de su tia.

— Irá abajo á hacer mil comentarios á Trangot, dijo entre sí; es necesario que yo procure probarle que después de lo ocurrido, no se podía hacer otra cosa.

Entre tanto nuestro viajero se encontraba en la misma disposición que un hijo, que tras una larga ausencia regresa al hogar paterno.

En las últimas estaciones próximas á la capital, su corazón latía de contento. La antigua casa y sus colegas, el escritorio y su bufete, su principal y Sabina, todo esto se presentaba á su vista como otras tantas risueñas imágenes. Al fin el cabriolé se detuvo delante de la puerta de la casa de comercio. Se veían allí carruajes, toneles, barriles y la grande escalera. El padre Sturm pronunció el nombre de Wohlfart con voz tan fuerte que se oyó del otro lado de la ancha calle, abrió la portezuela y cogió á Antonio como un padre coge á un niño entre sus brazos.

M. Pix corrió hasta la calle, sacudió y estrechó largo rato entre las suyas la mano de Antonio, no apercibiéndose en su entusiasmo que su negro pincel aprovechaba todos los movimientos para trazar en la pelliza del viajero toda especie de puntos y comas. Antonio, pasando en seguida por el lado de las grandes balanzas, sacudió las cadenas con gran placer.

Luego entró en el escritorio de la parte delantera de la casa, donde las lámparas estaban ya encendidas, y dió á todos las buenas noches cordialmente. Sus colegas se levantaron todos como un solo hombre, le recibieron con grandes aclamaciones y se agruparon en derredor suyo.

M. Schroeter salió de su gabinete, y al dar la bienvenida á Antonio estrechándole afectuosamente la mano, su grave fisonomía estaba radiante de gozo.

Estos momentos fueron muy felices para Antonio, que se enterneció mas de lo que se debía esperar de un hombre que ha visto algo en el mundo. Cuando, des-

pues de las primeras preguntas y respuestas, dirigiéndose desde el escritorio á su cuarto, atravesó el patio, el perro Pluton se lanzó impetuosamente sobre él moviéndose su larga cola.

Antonio pasó algunos apuros para desembarazarse de las caricias del fiel guardian. El criado se presentó á nuestro viajero sonriendo alegremente, y le abrió con respeto la puerta de su aposento.

Antonio dirigió una mirada de sorpresa en derredor suyo. La habitación estaba adornada como para una fiesta: en la chimenea ardía un fuego que esparcía su agradable calor por el cuarto; encima de la puerta pendían verdes guirnaldas; en el sofá había un almohadon nuevo bordado; en la mesa un elegante servicio de té, y al lado un jarro de alabastro lleno de flores.

Francisco, el criado, le advirtió que la señorita Sabina lo había dispuesto y arreglado todo por sí misma.

Antonio se inclinó hácia el jarro y examinó cada una de las flores con el mayor cuidado. Estas flores no se diferenciaban en manera alguna de las de su especie, pero Antonio no podía desviar de ellas sus miradas, como si en su vida hubiera visto otras semejantes. En seguida cogió el almohadon, tocó el bordado, pasó la mano por encima, y lleno de admiración, lo volvió á colocar en su sitio. Finalmente, tomó también en la mano el gato amarillo, le pasó la mano por el lomo y le dejó cuidadosamente encima del bufete como si estuviera vivo. También el gato se mostró sensible á estas caricias, porque al rojizo resplandor del fuego de la chimenea, se animó y dejó oír un dulce rron, rron.

Antonio volvió al escritorio para participar al principal todo lo que había hecho últimamente. M. Schroeter le hizo entrar en su reducido gabinete, y departió con él muy familiarmente sobre los últimos acontecimientos á la manera que pudiera tratar asuntos muy interesantes con un amigo. Sin embargo, la conversacion fué seria. Muchos créditos eran completamente incobrables y otros estaban en camino de serlo. Solo viajando lejos y de un lado á otro, pudo Antonio formarse una idea y convencerse de los peligros que había corrido la casa de comercio de su principal. Reconoció que era necesario trabajar algunos años activamente para resarcirse de las pérdidas sufridas, y para adquirir nuevas relaciones que llenaran el vacío de las antiguas que habían quedado rotas. El comerciante se expresó poco mas ó menos en estos concisos términos ó en otros parecidos:

— Debo mucho á vuestra energía y á vuestra inteligencia en los negocios; espero por otra parte, añadió, que me ayudareis á recobrar el terreno perdido, teniendo por ahora que conformarnos con las pérdidas irreparables que hemos sufrido.

Y cuando Antonio se disponía á salir, le dijo sonriendo:

— Hay todavía en casa alguna persona que desea daros gracias por vuestros buenos oficios. Espero que esta noche cenareis con nosotros en familia.

Antonio fué á su bufete que había estado mucho tiempo cerrado, y preparó plumas y papel para escribir, pero nadie le dejó aquella noche tiempo para trabajar. Jordan se negó á entregarle la correspondencia, y en los dos escritorios hubo un incesante movimiento de idas y venidas. Todos, uno después de otro, abandonaron su sitio para acercarse á la mesa de Antonio. M. Bauman fué varias veces á dar palmaditas en la espalda de su vecino de cuarto, volviéndose en seguida alegremente á su sitio. M. Specht, vivamente impresionado, se agachó contra la balastrada al lado de la silla de Antonio, abrumándole con un diluvio de preguntas y exclamaciones de sorpresa. M. Liebold puso varias veces el papel chupon en el libro mayor, y se dirigió hácia el escritorio de la parte delantera del edificio antes de que cesaran las tareas del día. Hasta M. Purzel salió de su encierro con el indispensable yeso en la mano. Últimamente se presentó M. Pix, que reveló confidencialmente á Antonio que hacia ya muchos meses que no había jugado al tresillo, y que Specht se hallaba en un estado muy singularmente parecido á la locura.

Por la noche, Antonio fué al cuarto principal de la casa. Se abrió la puerta, y Sabina salió á su encuentro. Tenía la sonrisa en los labios, pero sus ojos derramaban lágrimas cuando se inclinó sobre la mano que había desviado el golpe mortal dirigido á la cabeza de su hermano.

— Señorita, exclamó Antonio asustado retirando la mano.

— Os doy gracias, Wohlfart, os doy gracias, exclamó Sabina reteniéndole con ambas manos, y mirándole silenciosa y como trasfigurada por una emoción que no podía dominar.

Cuando Antonio contempló á la joven, que conmovida y con las mejillas coloradas, levantaba hácia él sus miradas llenas de reconocimiento, llegó á comprender que desde el sablazo eslavo, su posición respecto á Sabina y á la familia había cambiado notablemente. La barrera que hasta aquí se levantaba entre el dependiente y la hermana del principal, había desaparecido; y con una noble firmeza que hacia palpitar su corazón de gozo, sintió en este momento que había llegado á ser hombre, y que una mujer podía tener confianza en su energía.

Refirió á Sabina nuevamente (pues á fuerza de preguntas manifestó deseaba oírlo de su boca) la lucha sostenida con motivo de los carruajes de mercancías y sus temores durante aquellos tiempos de revueltas, siendo escuchadas religiosamente sus palabras.

(Se continuará.)

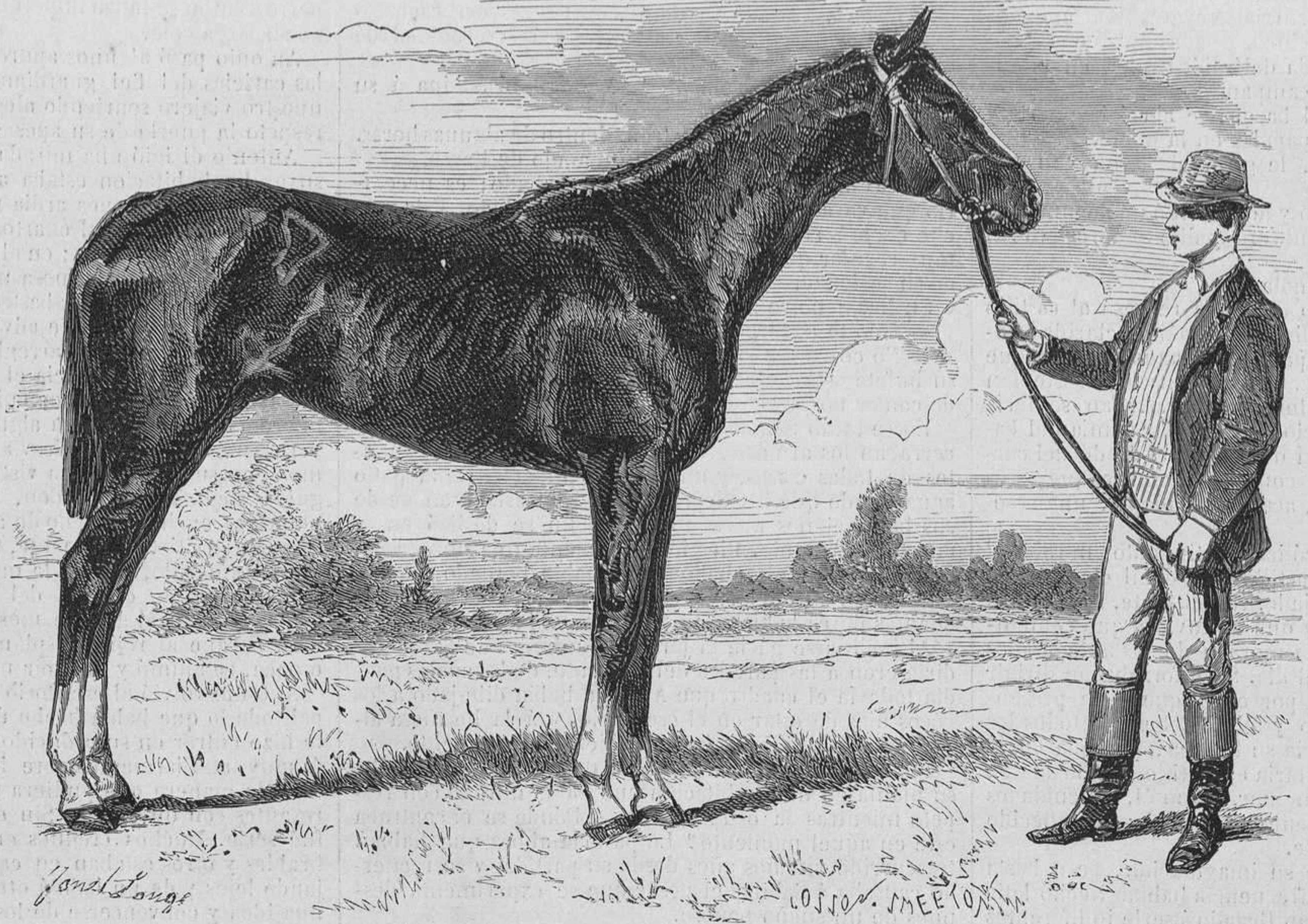
Las carreras

de Longchamps.

EL GRAN PREMIO DE
PARIS.

Lo que estaba previsto ha sucedido: *The Earl*, el caballo del marqués de Hastings ha ganado el gran premio de París. Cien caballos estaban inscritos para este premio, número que se redujo á 17 en el momento de la lucha.

La multitud era inmensa en el *turf* y sus alrededores: millares de brillantes carruajes acudían de todas partes, y en las tribunas, llenas de bote en bote, se veían las mujeres mas bellas y los trajes y adornos mas deslumbrantes. La mirada no descubría mas que azul, rosa ó verde, seda, gasa y blondas: era un espectáculo portentoso, y el que hubiera tenido que elegir entre todas aquellas bellezas, se hubiese visto apurado para dar la manzana. En la tribuna imperial estaban el emperador, la emperatriz y su hijo, y se hallaban con ellos el conde de Flandes y su esposa, así como los príncipes y las princesas de la familia Mu-



The Earl, vencedor en las carreras de Longchamps, en 1868.

rat. El recinto del paso de los jockeys y el prado eran una verdadera Babel; se oían allí todas las lenguas, todos los acentos, y la animación de las apuestas se hallaba en su periodo álgido. Se cruzaban las ofertas y las

cho parecía indicar un extraordinario poder de acción. *Nelusko* se eclipsaba al lado de sus dos rivales, y los otros cuatro corceles hacían un papel secundario. Todo el mundo conoció á la primera mirada que la

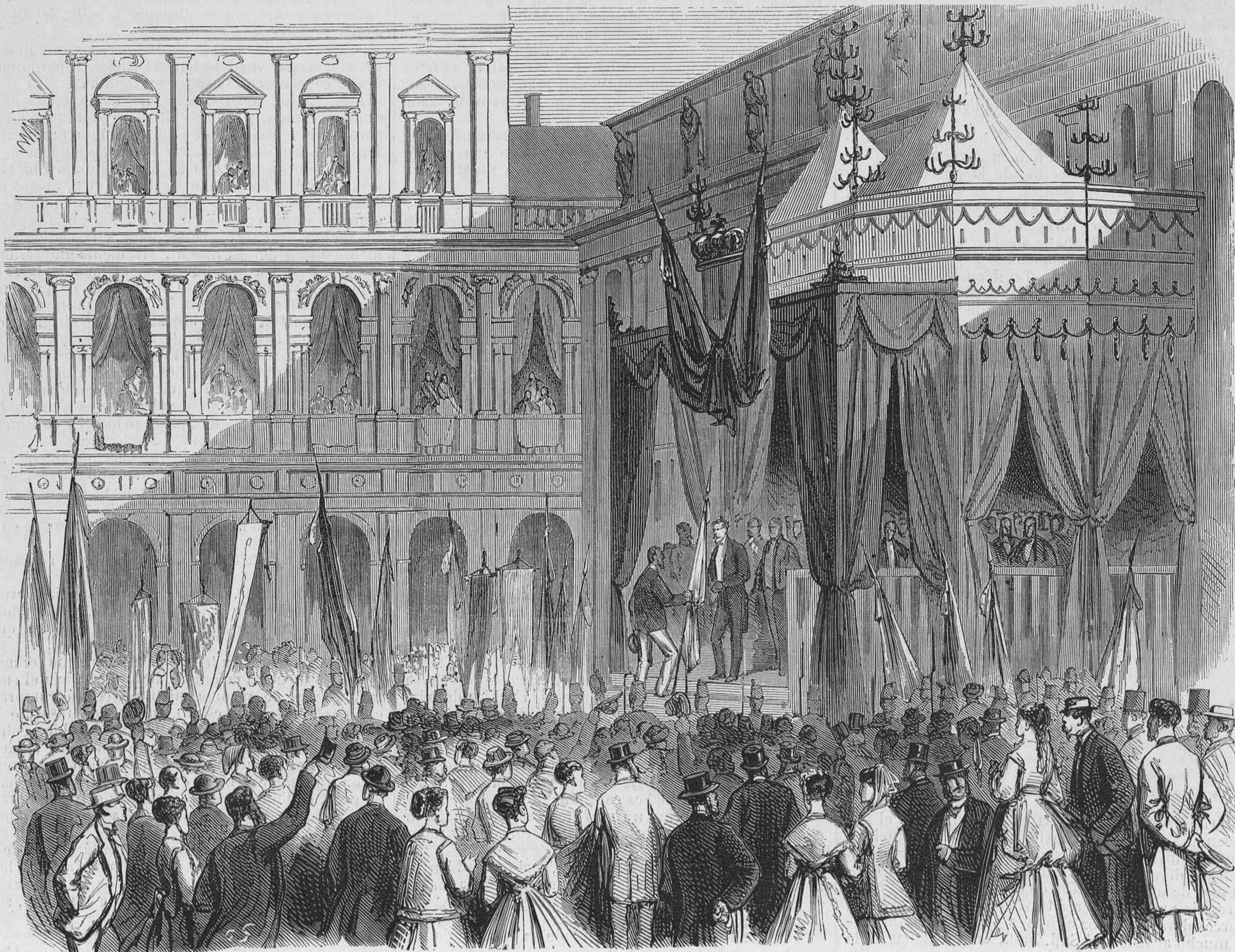
demandas como en la Bolsa, y enardecían aquella fiebre los rumores que circulaban entre los grupos sobre sordas maquinaciones que debían paralizar á *The Earl*, como había sucedido con *Lady Elysabeth*, y se aseguraba *soto voce* que se habían hecho en este sentido enormes apuestas inglesas.

La agitación era por lo tanto inmensa y se esperaba con una impaciencia imposible de describir.

Finalmente, llegó el solemne momento, se presentaron los caballos y se fijaron en ellos todas las miradas.

Suzerain avanzó con nobleza; era un animal flexible, gracioso y elegante, y sus partidarios se tranquilizaron al ver la finura de sus remos y la agilidad de sus movimientos.

The Earl se distinguía por cierto aspecto bravo; el conjunto de sus formas revelaba mas bien que gracia cierto aire aristocrático y hasta regio, y el movimiento de su pe-



ITALIA. — Distribución de recompensas á los laureados del tiro nacional por el príncipe Humberto en Venecia.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES. — *El Perro del oficial*, cuadro por M. Alfredo Decaen.

lucha estaba entre *Suzerain* y *The Earl*. Se colocan en su puesto los caballos, la multitud se estremece en su ansiedad y se da la señal. Se precipitan entonces los briosos corceles en revuelto torbellino, los espectadores se encaraman sobre las sillas, las gradas y los coches, se dirigen hácia los combatientes todos los gemelos, y se siguen con inaudita emoción todas las peripecias de la lucha. *Suzerain* se coloca á la cabeza de sus rivales; pero al primer recodo *The Earl*, que galopa detrás, le

alcanza; siguen los dos volando á igual distancia, y se tocan las botas de los jockeys, como se dice en lengua de *turf*, mas al aproximarse á la meta, el caballo inglés hace un esfuerzo, da un salto y pasa como una flecha, ganando á su rival por la longitud de todo su cuerpo. Estallan entonces los aplausos y se alzan inmensos hurras; la multitud corre, se empuja y se arremolina; todos quieren ver al vencedor, y el marqués de Hastings es presentado al emperador y á la emperatriz, que le

telicitan cortésmente y le entregan una magnífica copa de plata cincelada, como recuerdo de aquella jornada. Al mismo tiempo se enviaban varios telégramas á Lóndres, y por la noche se daba un gran banquete al vencedor en los salones del Jockey Club. El grabado que publicamos reproduce fielmente la estampa del héroe de Longchamps en la memorable lucha que acabamos de reseñar á grandes rasgos. P. DE M.



La Primavera, cuadro por M. Carlos Daubigny.

Correspondencia de Venecia.

Venecia 1º de junio de 1868.

Después de Turin, Florencia y Génova le ha tocado el turno á Venecia, y en los últimos días de mayo se han renovado aquellas demostraciones de la población veneciana que tienen aun en Italia, la tierra clásica de las ovaciones, una reputación de superioridad incontestable.

Me contento con mencionar las recepciones oficiales, los banquetes y las fiestas que han continuado en Venecia el interminable desfile de manifestaciones que los augustos esposos están presenciando hace ya dos meses.

Prefiero hablar de la jóven princesa que lleva un nombre de flor y que ocupa en estos momentos toda la atención de Italia. La princesa Margarita se ha conquistado aquí, como en todas partes, las simpatías de todo el mundo. Entre las princesas puede figurar seguramente entre las beldades mas famosas de las cortes europeas, y además puede aspirar igualmente á la palma del talento. La jóven esposa del príncipe Alberto es conocida ya en toda Italia por sus gracias intelectuales, y así es que el rey Víctor Manuel se muestra orgulloso con la elección de su hijo.

Entre las fiestas que ha habido en Venecia durante la estancia del príncipe Humberto, debo mencionar particularmente el concurso mencionado para el tiro nacional. Esta institución es muy influyente en Venecia. El príncipe Humberto quiso inaugurar el concurso y presidir también la distribución de premios que se hizo el 31 de mayo en la plaza de San Marcos. El dibujo que envío ofrece el aspecto de esta ceremonia, á la cual asistió la princesa desde el balcón de un palacio. La fiesta terminó con una rifa y la muchedumbre estaba alborotada hasta lo sumo. La estancia de los augustos esposos en Venecia ha producido una impresión excelente.

M. D. D.

Bellas Artes.

EXPOSICION DE 1868.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

El Perro del oficial, cuadro por M. Alfredo Decaen. — La batalla está concluida y ya la tierra ha recibido los cadáveres de aquellos que han sucumbido en la lucha. Bajo esa tierra removida recientemente yace el cuerpo de un oficial que no ha sido uno de los que han peleado con menos brío. Su perro, que ha roto su cadena recorre el campo del combate, y guiado por un instinto tan inteligente como podría serlo el sentimiento de un amigo, encuentra la tumba de su amo.

La composición de M. Decaen despierta emociones análogas á las que Horacio Vernet puso en juego en el *Caballo del trompeta*, lo que equivale á decir que el *Perro del oficial* es uno de los cuadros que mas interesan á la muchedumbre de la Exposición de 1868.

La *Primavera*, cuadro por M. Carlos Daubigny. — Estamos aquí en presencia de la obra de un maestro. Monsieur Daubigny es un paisista demasiado inteligente para no comprender todos los aspectos de la naturaleza que estudia continuamente, en todas las estaciones, y aunque tenga una afición particular á los crepúsculos, nos da hoy un efecto de plena luz en la *Primavera*. Hé aquí el buen tiempo. El cielo se llena de hermosas claridades, los árboles frutales están cubiertos de flor, la vida universal se despierta en los prados y en los bosques. Como no hay primavera sin amores, M. Daubigny ha colocado en su paisaje un grupo sentimental. En suma, es un cuadro que rebosa frescura y poesía, es la verdadera imagen de las alegrías de la naturaleza en el mes de mayo.

S. T.

Cuadros de costumbres guatemaltecas

POR SALOMÉ GIL.

(Continuacion.—Véase el N.º 805.)

No me gustan los concursos (aun cuando no sean de acreedores) y nada me hace tanta ilusión como un espectáculo cualquiera en el cual yo solo constituyo lo que se llama *el público*. Son esas tal vez las únicas ocasiones de mi vida en que puedo aplicarme los epítetos de *respetable*, *sensato*, *benévolo*, *ilustrado* y los demás con que califican al público los que viven de explotarlo... digo los que se sacrifican por complacerlo.

Llevado de esa afición á la soledad, que en mí se va desarrollando con los años, como todas las manías, me gusta hacer lo que se llama *contrapeso al mundo*, y si la gente acude hácia el Norte yo he de ir hácia el Sur;

y viceversa. Casi siempre que procedo contra esa costumbre, vuelvo á mi casa con motivos serios de arrepentimiento. Eso me sucedió en la tarde del último martes, que como tal, habia de ser precisamente dia aciago; pues hasta el adagio vulgar aconseja no acometer en él ninguna de las dos empresas para las cuales se necesita de mas valor en esta vida.

Hacia seis ó siete años que no concurría yo á los toros, y tenia hecho propósito firme de no poner un pié en el interior del circo; y no porque califique esa diversión de bárbara, como lo hacen algunos que quieren pasar por ilustrados y por *humanitarios*. Si fuéramos á suprimir *barbaridades*, tendríamos quizá mucho que hacer antes de llegar á la plaza de los toros. No voy á ese espectáculo, por la misma razón que me hacia concurrir algunas noches al teatro en la última temporada; porque amo la soledad, y no quiero encontrarme en medio del bullicio de la gente.

No diré qué fué lo que me decidió el martes á quebrar la regla, porque esto poco interesaria probablemente á mis lectores. Baste decir que fui á los toros y que me tocó estar situado en medio del foco mismo del movimiento, de la animación y de la broma. Cuando entré, el edificio estaba ya completamente lleno.

— Malo, dije para mí, algun desastre me ha de suceder esta tarde.

Con mucho trabajo logré colocarme en la primera grada de lo que llaman *el tablado*, y á pesar de que dicen que la impenetrabilidad de los cuerpos es una ley física, y que dos no pueden ocupar el mismo sitio simultáneamente, yo me metí, ó me incrusté donde no podia haberse imaginado que cupiera nadie.

Me tocó tener al lado derecho á un caballero muy ilustrado y gran matemático aficionado á cálculos; y al izquierdo á un *hombre* que habia venido de una de las poblaciones circunvecinas para ver los toros. Era este excesivamente grueso; vestia calzon de pana verde de esos que llaman *rojados*, que van desapareciendo como todo lo que es antiguo y nacional, y lo demás del traje estaba en armonía con aquella pieza del vestido.

No bien me hube sentado, recibí una verdadera lluvia de *anisillos*, bautismo mediante el cual quedé, contra mi voluntad, iniciado en el juego y en la bulla del carnaval.

— ¿Qué número de gente calcula Vd. que hay en la plaza? me dijo el de las matemáticas.

— No sé, le contesté; no soy fuerte en eso de cuentas.

— Pues es muy sencillo; replicó. Calcule Vd., sobre poco mas ó menos, las personas que hay en un tramo de pilar á pilar; cuente Vd. los tramos; multiplique, y el resultado será, aproximadamente, lo que se desea averiguar.

Dicho esto, procedió á ejecutar su operación, y cuando mas engolfado estaba en la resolución de aquel enmarañado problema, un confite, disparado desde abajo, le dió en la nariz, haciéndole suspender sus cálculos. El dolor y la cólera le arrancaron cierta interjección demasiado enérgica; y yo le dije:

— No es Vd., á la verdad, como el gran matemático griego, que se dejó matar por no interrumpir la resolución de un problema.

— Vea Vd. qué bárbaros, contestó; en lo mejor de la operación me hacen comenzar de nuevo; y continuó multiplicando. ¡Ocho mil *almas sentadas* y como mil *paradas!* exclamó triunfante.

— Vaya, dije yo para mí, que serian de ver las almas en esas posturas.

Mientras que el discípulo de Arquímedes hacia por asombrarme con sus cálculos, mi otro vecino, sencillo y naturalote, se divertía á mas no poder. Aplaudía las buenas suertes, *en amateur*; silbaba los lances en los cuales los toreros y picadores se mostraban torpes, y al mismo tiempo, recibía *anisillos* y *confites* tan impasible, como si estuviera construido de piedra sillería. Aquella alma dichosa estaba toda entera asomada á los sentidos, si puedo expresarme así, como una muchacha retozona puesta al balcón para ver pasar un baile de moros. Reía y gozaba como rien y gozan solamente en este pícaro mundo los que llamamos tontos, vengándonos así tal vez de que les haya sido dado el privilegio de ser felices.

Yo, que ni me reía ni gozaba, estaba sin embargo expuesto á los percances que tan á menudo acontecen en una reunión de esas, en que cada cual se considera con derecho á inferir alguna incomodidad á los demás, que es lo que se llama jugar y divertirse. Como estaba en un punto de tránsito, mis pobres piés fueron magullados, triturados y apisonados por los cascos de unos cuantos centenares de bípodos, que, cuando mas, cubrían el expediente con un *Vd. dispense*, que si no me aliviaba el dolor físico, al menos dejaba satisfecho mi orgullo.

Una malhadada bolita de caramelo, lanzada á quemarropa por alguno de los innumerables traviesos que junto á mí jugaban, vino á dar precisamente sobre uno de mis dos ojos, que quedó arrasado en lágrimas.

Estaba yo, pues, como la viuda rica; aunque si lloraba con un ojo, no repicaba con el otro. Por lo demás, los pobres no tardaron en encontrarse iguales, pues un cascarrón de huevo, que por las dimensiones creo que sería de *chumpipa*, vino á romperse sobre el ojo sano, inundándome la cara de retacitos de papel de colores.

El ciudadano del calzon rajado tuvo entonces la desgraciada inspiración de decidirse á tomar parte en el buceo, y comprando un canasto entero lleno de *anisillos* y *confites*, comenzó á disparar, como una fortaleza,

sobre las escuadras sitiadoras. Naturalmente el fuego cargó por aquel lado. Mi vecino llamaba la atención por su espesor, su vestimenta y el denuesto con que se batía, y no tardó en ser el blanco de los tiros de numerosos enemigos.

Sin participar de su buen humor, yo recibía muchos de los proyectiles de diferentes calibres que le estaban destinados; y como habria sido inútil pensar en una retirada, honrosa ó deshonorosa, hube de resignarme á conservar el puesto, hasta derramar la última gota. El agachó la cabeza y se defendía con el sombrero, calculando el número de quintales de *anisillos* y *confites* que se arrojaban y su costo al precio de plaza.

Al fin, ya fuese porque se agotara el parque, ya porque faltaran las fuerzas á los combatientes, se suspendió el fuego en toda la línea, y el del calzon bombacho, que se habia puesto en pié, lanzó por último el canasto vacío, gritando á voz en cuello:

— ¡Allá va el *chiquigüite*, *chanclutados!*

Pasada la tormenta, tendí la vista por el ámbito de la plaza. No habia el mas pequeño espacio vacío. Una numerosa y variada concurrencia llenaba el edificio, y casi por todos lados la animación y el retozo eran tan exagerados como en el punto donde yo me hallaba. La última vez que estuve en los toros el martes de carnaval, seis ó siete años hace, entraron numerosas partidas de máscaras; y como estoy poco al corriente de los cambios de los gustos caprichosos del público, creía yo que este año habria también disfraces en la plaza.

Preocupado con esta idea, frecuentemente volvía la cabeza hácia las puertas, esperando ver entrar de un momento á otro, los enmascarados. Ellos no entraron ciertamente para todos; pero yo los vi; ó creí verlos por lo menos, aunque sospecho ahora que pudo haber sido obra de mi imaginación excitada por el calor, la confusión, el tumulto y el alboroto de la concurrencia.

— Vaya, al fin han llegado los de las máscaras, dije en voz baja al echar una mirada hácia algunos puntos del edificio; y mentalmente entablé un monólogo en estos términos, poco mas ó menos.

— ¡Qué bien disfrazado va ese caballero! Representa la Prohibición, y según sé de buena tinta, dentro de ocho dias hará una quiebra fraudulenta. ¡Extraña pareja esa que viene ahí! Es una mujer anciana que casó poco hace con ese jóven que la trae del brazo, y que se dejó atrapar por la esperanza de una pingüe herencia. El trae la máscara del Desinterés; ella viene vestida de Credulidad. Allí va una elegante, cuyo colorete, dientes, cabellos, caderas y otros aditamentos son suyos por la misma razón que el blanco y el carmin eran de doña Elvira en un soneto célebre: *por haberle costado su dinero*. Un poco atrás viene un matrimonio que no cuenta mas que quince dias de fecha; traen máscaras de Felicidad; pero son realmente desgraciados; han descubierto, demasiado tarde, que no congenian y preven un horroroso porvenir. ¡Cuántos jóvenes de ambos sexos traen la máscara del Amor! Algunos petardistas y fulleros vienen vestidos de Honor y de Buena Fe. ¡Hay imbéciles con disfraces de Talento y muchos desgraciados con caretas de Alegría y de Buen Humor! Verdadero carnaval, dije en mi interior; y volviendo los ojos sobre mí mismo, por una evolución extraña de mi espíritu, me encontré también disfrazado con una triste máscara: la de la Filosofía... En esto, sentí que me tiraban fuertemente del brazo. Era el hombre de los calzones verdes, que me dijo:

— ¿Piensa Vd. quedarse á dormir aquí? Todo el mundo se ha ido.

En efecto, engolfado en mis reflexiones, no habia advertido que la plaza habia ido desocupándose poco á poco. No quedábamos mas que mi vecino y yo. El habia aspirado la felicidad por todos los poros de su cuerpo: yo habia sufrido física y moralmente, y salía de la plaza víctima de los demás y de mí mismo.

— ¡Se ha divertido Vd. mucho! me dijo el *poblano*, con admirable candidez.

— ¡Oh sí, le contesté, tanto que no lo olvidaré en toda mi vida!

Dicho esto, salimos juntos; él á dormir tranquilo al meson donde pasó la noche; yo á trazar este artículo *carnavalesco*, que no será culpa mía si no hace reír á alma viviente. Procuraré estar mas festivo otra vez, cuando no haya tenido la fortuna de concurrir á una reunión donde me acribillen y me estrujen y donde vea, mal encubiertas bajo las caretas, las pasiones y las miserias de la humanidad.

SABER VIVIR.

No faltará quien califique de paradoja extraña la idea que encierra el encabezamiento de este artículo. Muchos creen que el vivir no es cosa que se aprende; teniéndola como una consecuencia lisa y llana al nacer. Error crasísimo, que puede costar caro á quien incurra en él. Verdad es que para los *vividios* que hacemos la mayor parte de los que hemos nacido, muy poca ciencia es menester; pero el que quiera vivir bien y con provecho no tiene que estudiar mucho (y no precisamente libros) antes de recibir los primeros grados en la espinosa carrera del vivir. Ciertamente que es esa una de las varias cosas que se aprenden con el ejercicio; y que cuanto mas se vive, mas se sabe; de donde viene acaso el dicho de que mas sabe el diablo por viejo que por diablo.

La lástima es únicamente que la ciencia del vivir

llega á adquirirse cuando ya se va acabando *la materia* en que ha de ejercitarse; sucediendo en esto al hombre lo que cuentan aconteció al caballito de cierto fraile, que aprendía á no comer; y cuando llevaba tres ó cuatro días de aprendizaje, dando muy regulares esperanzas de salir un aprovechado discípulo, cádate ahí que va, coge y se muere, y quédase el experimento á medio andar.

¡Qué de personas he conocido yo que cuando ya iban *tan bonito* en la ciencia del vivir, les ha dado la gana de cambiar de clima, y sin decir á nadie oste ni moste, se han largado á acabar de aprender al otro mundo!

Esto no obstante, no puede negarse que hay unas cuantas gentes dichosas que aprenden á vivir en tiempo oportuno para poder gozar los ventajosos resultados de esa difícil ciencia. Organizaciones privilegiadas que, á falta quizá de otras excelencias, tienen la no despreciable de poderse acomodar con todo; de esas que ni quitan ni ponen rey; observantes rígidas del principio de que el buen día ha de meterse en casa; gentes á quienes todo el mundo quiere; que son maleables como algunos metales; que se arrastran como las culebras; que cambian de color como los camaleones; que siguen el curso del sol como ciertas flores, y que sirven para todo como las famosas píldoras de Holloway.

Don Prudencio Corrientes es un tipo de esa clase de personas, y nunca acabo de admirar su asombrosa facilidad para ser de la opinion de todos. En otro tiempo, cuando habia en el país partidos políticos encarnizados, don Prudencio pertenecía á cada uno de aquellos en que se dividian los hombres públicos. Si se trataba de elegir diputados, el señor Corrientes encabezaba las listas de todos los bandos. ¿Se buscaba un presidente? pues ¿quién otro? don Prudencio; ni mandado hacer.

Era tan popular, tan querido, tan bien quisto. Verdadero liberal, decian los unos; conservador acérrimo, aseguraban los otros; siempre moderado y enemigo de los extremos, agregaban los del justo medio; y así nuestro don Prudencio, que era en realidad lo que solo Dios y él (y quizá solo Dios) sabian, tenia el arte de estar bien con todos y era considerado como el hombre de las circunstancias, cualesquiera que estas fuesen. Ni él ni su numerosa familia habian sufrido nunca en los cambios políticos.

Jamás habla mal de nadie; y como segun él mismo dice, tantas letras tiene un *si* como un *no*, conviene con aquel con quien habla y hace, como suele decirse, violon á todo el mundo. Dígame Vd., por ejemplo, que es de día; «Es de día», repitirá al momento. «No, que es de noche», dice tal vez otro á su lado. «Sí, es de noche», replica él imperturbable; y si lo apuran mucho, concluye con que es de día y de noche; que es entre oscuro y claro; y de ahí no sale, así lo maten.

Este apreciable sugeto es el consultor general en todos los casos graves y apurados. Jamás ha sido juez, aunque es hábil letrado, pues le habria sido imposible firmar una sentencia y dejar descontento á uno de los litigantes.

Como árbitro arbitrador y amigable componedor, no tiene precio, y es admirable la fecundidad de su ingenio para arreglar los asuntos mas enmarañados y difíciles. Se trata de solicitar una jóven en matrimonio; se suplica á don Prudencio que vaya y desarme la infundada resistencia de padres ó tutores. Hay que nombrar un albacea; ¿en qué mejores manos puede ponerse la herencia que en las de don Prudencio?

Tiene la propiedad del barómetro; *anuncia los cambios del tiempo*. Si es Vd. ministro, y el señor Corrientes deja de visitarlo, ó hace como que no lo ha visto en la calle y no lo saluda, ya puede Vd. hacer su testamento político, pues es Vd. moro al agua. Tiene las narices muy largas para oler donde hay peligros y compromisos; muy corta la memoria, si se trata de acordarse de algun favor que le ha hecho persona que está en desgracia, y hace la vista gorda sobre las flaquezas de los poderosos.

Una vez estuvo á pique de morir, atacado de una grave enfermedad, y tenia á la cabecera cuatro enemigos á cual mas temibles: la muerte, el médico, el boticario y el diablo, que esperaba impaciente la conclusion del negocio para arreglar no sé qué cuentecitas atrasadas. Pues ¿quién dirá?

El bellaco se gobernó de tal manera, que se burló del doctor, del farmacéutico, de la *pelona* y hasta de Belcebú, proponiéndoles convenios y transacciones, mediante los cuales, le prolongaron los plazos y le concedieron una espera que disfruta hasta ahora.

Con esta notabilidad *tornasolada* me ligan los lazos del parentesco espiritual. Es mi padrino de bautismo, y como tal, dice que tiene derecho á darme buenos consejos, ya que jamás me ha dado otra cosa. A esa circunstancia debo el raro privilegio de ser la única persona de este mundo á quien Corrientes ha hecho la explicacion de su sistema y revelado el secreto de su asombrosa popularidad.

Como me vió *chiquito*, se considera facultado para advertirme lo que debo hacer y lo que debo evitar; en otros términos, se ha propuesto enseñarme á vivir; y si no se sale con la suya, no será ciertamente por falta de habilidad del maestro, sino mas bien por indocilidad y torpeza del discípulo.

Cuatro días hace estaba yo encerrado en mi escritorio, cuando entró mi padrino, que tiene la rara costumbre de llevar en todo tiempo un paraguas que fué primitivamente encarnado y que hoy, lo mismo que su dueño, no se sabe ya de qué color es, á fuerza de uso y de servicio. No sé con qué objeto lleva siempre ese mue-

ble, así en invierno como en verano. Acaso no sea paraguas sino paracaídas.

Recibí á don Prudencio con todo el respeto y consideracion que le debo por sus relaciones con mi persona, por su edad y otras circunstancias. Sentóse sin ceremonia, y entabló conmigo el siguiente diálogo:

— ¿Qué estás haciendo, niño?
— Escribiendo artículos de costumbres, señor padrino.

— ¿Artículos de qué?
— De costumbres.

— ¿Y qué es eso.
— Pues vea Vd., señor padrino; no sabré decir á usted lo que es, á punto fijo. Pero figúrese Vd. una cosa que divierte á algunos; que no gusta á otros, y de la cual la mayor parte no hace caso. Eso son artículos de costumbres.

Don Prudencio se quedó un momento pensativo, y luego dijo, moviendo la cabeza con aire misterioso:

— Ya veo que es imposible hacer carrera con este muchacho. ¿Qué necesidad tienes tú de hacer cosas que no gusten á algunos? Es necesario hacer únicamente aquello que agrada á todo el mundo. No lo digo precisamente por esos *cuENTOS* que ahora estás escribiendo y de los cuales te aburrirás mañana y los dejarás estar. Lo digo por todo. Si no quieres aprender á vivir, no hacemos letra, Salomé. Aquí me tienes á mí, que soy lo que se llama una notabilidad en el país, y en cuarenta y cinco años de carrera de hombre público, que me emplumen si he dicho ó hecho cosa alguna que haya podido incomodar á nadie. Fui diputado á las Cortes de España el año de 820; despues estuve en nuestra grande Asamblea nacional constituyente, y me *arreviaté* invariablemente á la mayoría. Tuve votos para la primera presidencia de la República; he sido individuo de los congresos; despues senador, consejero, ministro, cuanto hay, y nadie tiene queja de mí, ni yo la tengo de nadie. Mi casa está abierta para todo el mundo y no reparo en los antecedentes ni en la conducta de aquellos á quienes recibo. Nuestra sociedad es reducida, y si uno fuera á hacer distinciones odiosas, lo pasaria mal en el primer cambio de la rueda de la voluble fortuna. Sirvo á todo el mundo (que está en buena posicion) llamo licenciado al bachiller, doctor al licenciado, general al coronel, y «mi sargento» al cabo.

Cuando era jóven fui cumplido y galante con las señoras y mas de unos lindos ojos (al decir esto mi padrino dió un prolongado suspiro) eché á perder con mis lisonjas. Ahora soy viejo, rico y muy bien quisto. No tengo ya empleo ni cargo de ninguna clase, porque ni los quiero ni los necesito. Gasto diez sombreros al año; pues con tanto quitármelos y ponérmelos para saludar en la calle hasta á los *sacateros*, se acabarian, aun cuando fueran de hierro. Uno ú otro dirá, tal vez, en su interior, pues no se atreveria á externar ese juicio, que soy adulador y falso; pero la generalidad me quiere, aunque tal vez no me estima ni respeta. Al fin me moriré porque será preciso, y tú escribirás un pomposo artículo biográfico en que relates todos mis servicios y mis méritos, y hagas mi retrato como el pintor griego hizo el del rey de Macedonia, de perfil, para que

no se viera el ojo tuerto. Esto es, hijo mio, lo que se llama *saber vivir*. Hazlo que yo hago, echa pelillos á la mar. Si no te enmiendas y continúas buscándote quebraderos de cabeza, olvida que me has conocido, y no digas á nadie que eres ahijado mio, pues podria creer alguno que apruebo tus locuras y eso me comprometeria. Hasta mas ver.

Dicho esto, mi excelente padrino encendió su cigarro, tomó su paraguas y me volvió la espalda sin ceremonia.

— ¡Voto va! dije yo para mí, que dice perfectamente don Prudencio, y que en lo sucesivo no he de abrir el pico sino para elogiar á diestro y á siniestro. No me ha de quedar títere con cabeza á quien no encomie y alabe, y que se venga el mundo abajo. Mi padrino ha de ser mi maestro, mi guía, mi modelo; y si Dios me da vida, he de ser como él, el *omnis homo*, el *factotum* de la ciudad. Desde mañana voy á comprar mi paracaídas y mi coleccion de sombreros y á hacer un acopio de superlativos encomiásticos, (aunque algunos de ellos pequen contra la gramática) tales como bellísimo, sapientísimo, magnificentísimo, sublimísimo, graciosísimo, encantadorísimo, etc., etc., para aplicarlos á todo el que y á toda la que se pusiere por delante. Así, *iré lejos* como dicen los franceses, y vendré á probar que, aunque algo tarde, al fin logré encontrar la piedra filosofal: *supe vivir*.

EL PETARDISTA.

La ley que ha condenado al hombre á vivir á costa de su sudor y su trabajo, es tan antigua como el mundo; como que fué una de las consecuencias inmediatas del pecado de nuestro primer padre. De esa ley se han creído exceptuados solamente algunos herederos ricos, los ladrones, los tramposos y los petardistas.

Bien consideradas las cosas, no podria decirse que los caballeros (de industria) que pertenecen á esas tres respetabilísimas clases de la sociedad, que he mencionado últimamente, no vivan de su trabajo; pues no es poco el que exige cada uno de esos oficios, si ha de ejercitarse con tal cual decencia y con algun provecho. Así, cuando se dice que los profesores de esas tres artes liberales no viven del trabajo, se sobreentiende que va tácito el adjetivo *honesto*.

No seria difícil probar que, *ladron*, *tramposo* y *petardista*, son palabras que representan ideas muy diferentes entre sí, aun cuando confunda el significado de algunas de ellas el vocabulario de la lengua. ¡Lástima que el académico señor Olive no haya creído del caso establecer, en su erudito y curioso Diccionario de sinónimos castellanos, la distincion que hay entre esas voces!

(Se continuará.)

Las bebidas gaseosas

CONSIDERADAS EN SUS RELACIONES CON LA HIGIENE Y LA INDUSTRIA.

Cuando el año pasado se recorria el palacio improvisado en algunos meses en el Campo de Marte, para recibir las maravillas de la industria, y que hoy ha desaparecido como una de esas visiones encantadas que nacen en un sueño, todos se sorprendian al descubrir el importante papel que tienen hoy las bebidas gaseosas en la alimentacion de los pueblos.

La bebida chispeante brillaba en todas las copas, lo mismo en la del príncipe que en la del artesano, lo mismo en la mesa de la suntuosa fonda que en la del café ó en el mostrador de la democrática taberna, en los establecimientos de todas las naciones.

Entre estos establecimientos, los americanos se distinguian particularmente, y las numerosas llaves de donde salía sin cesar el agua chispeante eran insuficientes para satisfacer á la multitud que en su rededor se aglomeraba.

Desconocida en Francia hace cincuenta años, era imposible valuar antes de 1840 en mas de algunos centenares de miles de francos, el producto de esta industria que asciende en el día á mas de 30 millones en la produccion general y que aun está muy lejos de haber alcanzado su completo desarrollo. Despues de la Francia y la Inglaterra, cada pueblo apropiando la preparacion de las bebidas gaseosas á sus necesidades y á sus gustos, se ha hecho de ellas una indestructible costumbre.

Este desarrollo tan maravillosamente rápido de la aficion pública á las bebidas gaseosas, se explica y fortifica por sus propiedades agradables é higiénicas. Hay motivos para felicitarse sobre todo al ver que se extienden en los climas donde un calor enervante hace de las bebidas refrescantes y tónicas una obligacion mas imperiosa, donde por desgracia los miasmas mórbidos se encuentran en condiciones mas propicias para ejercer sus destrozos.

Su popularidad en Francia comenzó cuando la invasion colérica de 1852. Así que la epidemia se declaró en París, el consejo de higiene en una instruccion dada sobre el régimen que habia de seguirse, indicó el agua de Seltz como la bebida saludable por excelencia, y algunos días despues la Academia de medicina añadia en sus instrucciones:

«El agua de Seltz, mezclada con el vino y con los jarabes aromáticos, así como las limonadas gaseosas,

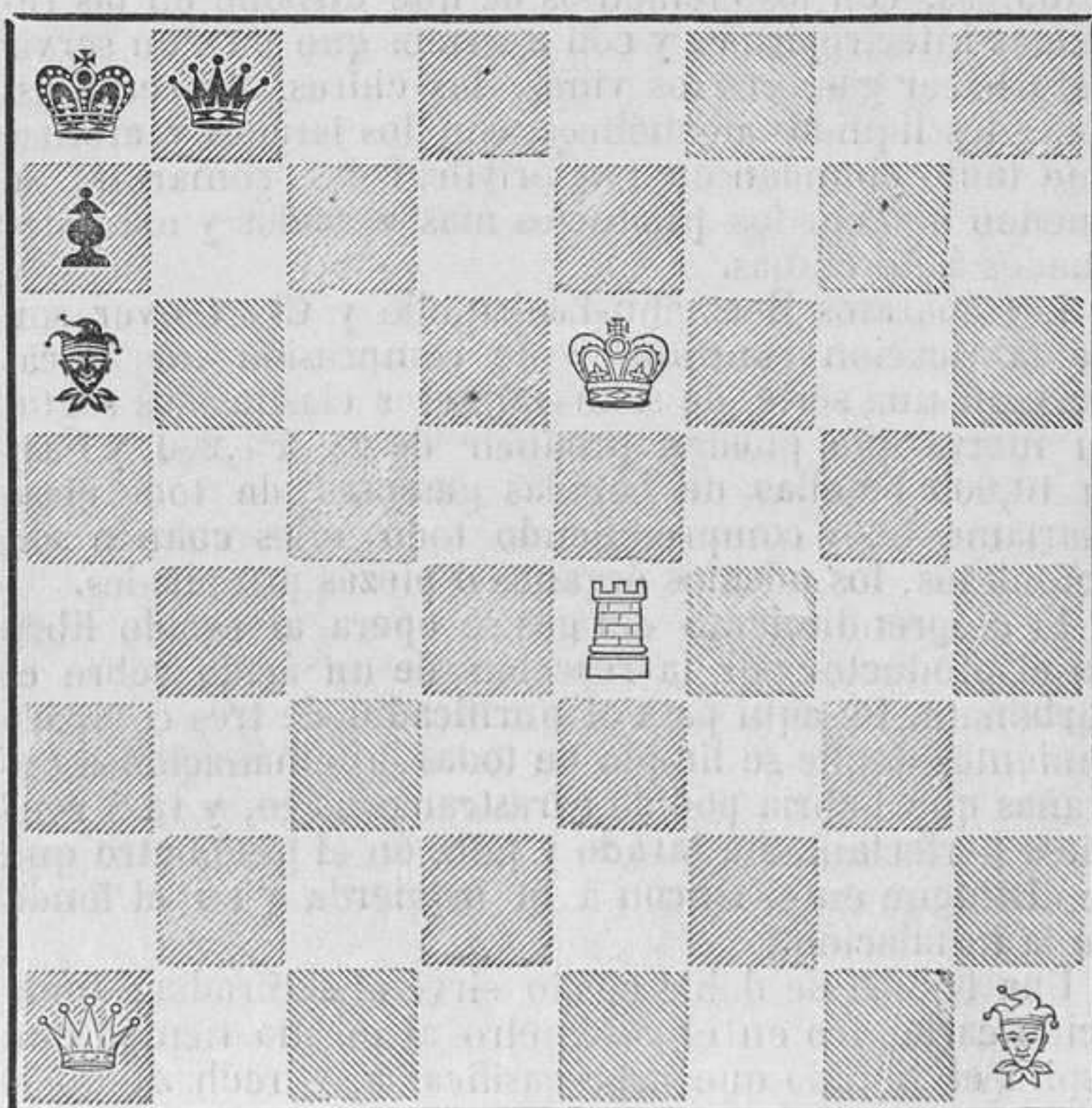
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 264.

- 1 R 8ª R R 4ª Rª
- 2 Rª 8ª AR R juega
- 3 Rª jaque-mate.

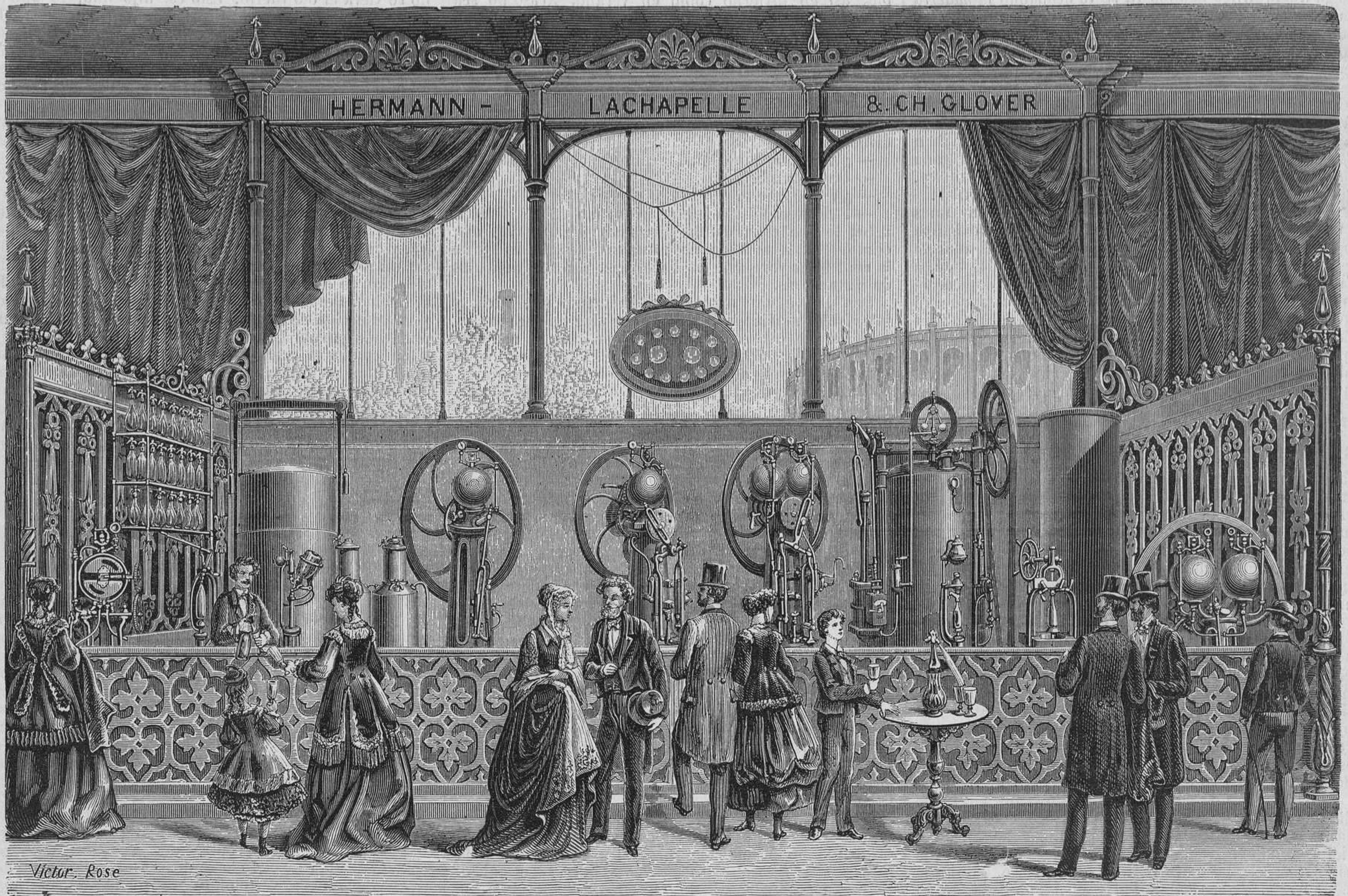
PROBLEMA NÚMERO 265, POR M. CONRAD BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.



Aparatos para la fabricacion de bebidas gaseosas, contruidos por los señores Hermann-Lachapelle y Ch. Glover, ingenieros mecánicos, en Paris, 144, Faubourg Poissonnière.

forman bebidas tónicas y digestivas que refrescan y apagan la sed sin sobrecargar el estómago, por lo cual su uso es muy saludable.»

El gran Diccionario de ciencias medicales resume de este modo los efectos que ha producido el agua de Seltz en las diversas invasiones epidémicas que se han sucedido desde entonces:

« Con razon se ha preconizado el agua gaseosa, pues hay pocos momentos en la enfermedad en que no produzca buenos resultados. Es la única bebida, tomada sola ó mezclada con jarabe y tisana, que apetezcan todos los enfermos y que les sea generalmente saludable.»

La propiedad especial que tienen las bebidas gaseosas de contener los vómitos y la sed ardiente, las hacen tan propicias contra el VÓMITO NEGRO como contra el Cólera. Empero no todo en esas épocas crueles en que reina el contagio es saludable su uso á las poblaciones.

« El agua de Seltz y las bebidas gaseosas en general, dice M. Bouchardat, ejercen una accion especial sobre el estómago que fortifican sin irritarle y calmando el estado espasmódico: son excelentes para calmar la sed y sobre todo útiles en la gastralgia y las afecciones nerviosas. Se pueden beber en gran cantidad y constituyen una bebida tan agradable como útil; muchas personas no pueden soportar ninguna otra bebida.»

M. Payen recomienda vivamente su uso á los obreros que frecuentan su cátedra.

« Bebedas, les dice, echadlas en el vino para destruir la parte dañosa, que así os refrescareis, os fortaleceréis el estómago y evitareis la borrachera que es la plaga de vuestro bolsillo y la ruina de vuestra salud.»

Los principios que sirven de base á la fabricacion de las bebidas gaseosas son sencillísimos; todos ellos deben sus propiedades chispeantes y su sabor al ácido carbónico. Este gas, sea cual fuere su procedencia, de la fermentacion natural del mosto ó de la descomposicion de un carbonato es siempre idéntico, tiene cuando es puro el mismo sabor y las mismas propiedades, y puede disolverse en un líquido una cantidad proporcionada á la presion que ejercen sobre él en una vasija cerrada. Para preparar las bebidas gaseosas el problema consiste en producir el gas ácido carbónico, en purificarlo y disolverle en cantidad suficiente en el líquido que se atrae á la vasija herméticamente cerrada.

Estos resultados se obtienen, pero en grado de perfeccion y de facilidad muy diferentes, mediante los aparatos de diversos sistemas que se hallaban juntos en la Exposicion del Campo de Marte y sobre los cuales los de los señores Hermann-Lachapelle y Ch. Glover que aquí reproducimos, conservaban la indisputable supe-

rioridad que les reconocieron en Lóndres, donde el jurado consignaba en su informe: « Que están exentos de todos los defectos que tienen los demás sistemas y que se debe en gran parte á su perfeccion, el inmenso vuelo que en estos últimos tiempos ha tomado la industria de las bebidas gaseosas.»

Los aparatos de estos hábiles constructores, verdaderas obras de arte, funcionan en un crecido número de ciudades de América. Su instalacion es de las mas fáciles, llegan pronto á funcionar y su maniobra es tan sencilla y tan cómoda que cualquiera puede dirigirlos. Las bebidas gaseosas se fabrican, digámoslo así, automáticamente; todo aprendizaje es supérfluo y basta seguir atentamente las instrucciones contenidas en el manual publicado por los señores Hermann-Lachapelle y Ch. Glover, para saber producirlas de todas maneras. El precio de compra es poca cosa, un capital muy corto basta para una instalacion completa. Las primeras materias empleadas en la fabricacion no valen nada, digámoslo así, de modo que el precio de la venta de los productos entra totalmente como beneficio líquido en manos del fabricante y esta venta es casi segura.

Con el gusto y el talento particular del americano para la composicion de las bebidas á la vez refrescantes y tónicas, con los elementos de que dispone en las regiones intertropicales y con aparatos que pueden servir para hacer gaseosos los vinos, las cidras, las cervezas, todos los líquidos alcohólicos, con los jarabes y aromas que tanto abundan en tan privilegiadas comarcas, se pueden obtener los productos mas variados y mas adecuados á los climas.

Los aparatos Hermann-Lachapelle y Ch. Glover son de fabricacion continua y de compresion mecánica. Forman una serie de siete números clasificados segun su fuerza que pueden producir de 25 á 1,200 y hasta 10,000 botellas de bebidas gaseosas de toda clase diariamente, y comprendiendo todos ellos cuando son completos, los mismos órganos ó piezas principales.

El desprendimiento del gas se opera al estado libre en el productor por la reaccion de un ácido sobre el carbonato. De aquí pasa al purificador de tres compartimientos donde se limpia de todas las emanaciones extrañas que habria podido arrastrar consigo, y va á reunirse perfectamente lavado y puro en el gasómetro que se distingue en el rincón á la izquierda y en el fondo de la instalacion.

Una bomba de doble efecto sirve al saturador: toma ácido carbónico en el gasómetro al mismo tiempo que aspira el líquido que debe gasificarse, y rechazándolos juntos y en cantidad proporcionada á la esfera que co-

rona el aparato, comprime allí el gas hasta que toma la tension que se desea.

Esta esfera-saturador fundida en bronce de una sola pieza es una verdadera obra de arte. Se representa en corte sobre la izquierda del dibujo delante del estantillo cargado de sifones para mostrar el interior forrado de estaño puro, y en el cual funciona un agitador que al batir y quebrantar el líquido con sus fuertes alas activa la saturacion. Un manómetro, una válvula de seguridad con silbato-avisador y un nivel de agua guardanecan la esfera.

Se da simultáneamente el movimiento á la bomba y al agitador por medio de un volante movido á brazo ó al vapor, segun la fuerza del aparato. Todas estas piezas del saturador que constituyen un conjunto muy armónico están elegantemente agrupadas sobre una misma columna.

El agua saturada llega á las columnas de tiro donde entra en sifones ó en botellas. Estas columnas son muy ingeniosas, operan casi automáticamente y un operario diestro llena dos sifones por hora.

Los saturadores están provistos á veces de dos cuerpos de bomba, y en los aparatos mas poderosos de dos bombas y dos esferas reunidas en la misma columna. En este último caso pueden gasificar á la vez dos líquidos diferentes y bajo dos presiones distintas.

Las limonadas que generosamente se ofrecian al público no eran el menor atractivo de la instalacion de los señores Hermann-Lachapelle y Ch. Glover. La dosis de jarabe se introduce mediante una bomba especial en la botella ó en el sifon que se llena de agua gaseosa. Una fuente sifoidea elegantemente adaptada á un velador y alimentada por un recipiente invisible, suministraba de un modo continuo agua de Seltz que se bebía en soda. Un filtro purificador colocado á la derecha y en el fondo de la instalacion alimentaba la fabricacion de agua límpida y pura.

La instalacion comprendia además una coleccion completa de instrumentos para la aplicacion del ácido carbónico, á la gasificacion artificial de las cervezas y de los aparatos de doble esfera, todos plateados en el interior, con tiros y tapados especiales para la fabricacion de los vinos espumosos.

Hemos probado vinos procedentes de distintos puntos de Francia y del extranjero preparados con estos aparatos, y si no igualaban á los de las marcas famosas que hacen la gloria de la Champaña, poseian bastantes cualidades para satisfacer al hombre de paladar mas delicado y para triplicar el valor de los vinos, que de aquella manera se habian hecho espumosos.